

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

JULIO - AGOSTO 1944

SUMARIO:

<i>Albert Einstein</i>	ALOCUCION A LOS ESTUDIANTES
<i>León Felipe</i>	NO ME CONTEIS MAS CUENTOS
<i>Enrique Espinoza</i>	LA GUERRA Y LOS INTELECTUALES
<i>Manuel Rojas</i>	ESPAÑA OTRA VEZ
<i>Ernesto Montenegro</i>	INTEGRIDAD DE BALDOMERO LILLO
<i>Baldomero Lillo</i>	CONFERENCIA INEDITA
<i>González Vera</i>	«LA INCOGNITA»
<i>Luque Hidalgo</i>	¿QUE PASA EN LA ARGENTINA?
<i>Natalia Sedova Trotsky</i>	ASI FUE

Santiago 22 *de Chile*



BIBLIOTECA ZIG-ZAG

continúa publicando, en sus bellos tomos de bolsillo, de elegante presentación, las obras maestras y los grandes escritores olvidados. Los últimos volúmenes son:

EL DUELO, por Joseph Conrad.

LAS HIJAS DEL CORONEL,
por Katherine Mansfield.

LAS MOCEDADES DEL CID,
por Guillén de Castro.

SENILIA, por Iván Turguénev.

CARTAS DE MI MOLINO, por
Alfonso Daudet.

BENITO CERENO, por Herman
Melville.

HISTORIETAS NACIONALES,
por Pedro A. de Alarcón.
(Vol. doble).

Próximamente, obras de Charles-Louis Philippe, Paul Bourget, Nicolás Garin, O. Henry, Zilahy Lajos, Shakespeare, Donoso Coriés, Calderón de la Barca, Christopher Dawson y otros.

PRECIO: \$ 12.— VOLUMEN DOBLE: \$ 20.—

*En todas las buenas librerías. Para Chile, remitimos
contra reembolso, sin gastos de franqueo, para el comprador.*

BIBLIOTECA ZIG-ZAG: EL VERDADERO LIBRO DE BOLSILLO

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84 - D

Santiago de Chile

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Directores: ENRIQUE ESPINOZA

Comité asesores: MANUEL ROJAS, LUIS FRANCO,

GONZÁLEZ VERA Y LAÍN DÍEZ

Gerente: MAURICIO AMSTER

1944

Santiago de Chile

VOLUMEN V

P

REFIERO LA

VERDAD DESTRUCTORA, AL ERROR CONSTRUCTIVO. LA VERDAD DAÑINA ES UTIL PORQUE SOLAMENTE PUEDE CAUSARNOS DAÑO TEMPORALMENTE, Y NOS CONDUCE HACIA OTRAS VERDADES QUE FORZOSAMENTE TIENEN QUE SERNOS MAS Y MAS UTILES; POR EL CONTRARIO, UN ERROR UTIL ES DAÑINO, POR EL HECHO DE QUE SU UTILIDAD ES SOLAMENTE MOMENTANEA, Y PORQUE DE AHI NOS CONDUCE HACIA OTROS NUEVOS ERRORES, LOS CUALES SE VUELVEN, PROGRESIVAMENTE, MAS Y MAS DAÑINOS.

GOETHE.

Albert Einstein

Alocución a los estudiantes

DEL INSTITUTO TECNOLÓGICO DE CALIFORNIA

Mis queridos y jóvenes amigos:

Me alegro de veros aquí formando un grupo floreciente de jóvenes que ha elegido como profesión la técnica.

Podría cantar un himno de alabanzas repitiendo el estribillo del magnífico progreso que ya hemos alcanzado en la técnica y del enorme progreso ulterior que ocasionaréis vosotros.

En efecto, vivimos en la época y, además, en la tierra nativa de la técnica.

Pero hablar de esta manera sería tergiversar mi pensamiento. Más aun, recuerdo, al respecto, el caso del joven que se había casado con una mujer *no* muy atrayente y que al preguntársele si era o no feliz, respondió: "Si quisiera decir la verdad, tendría que mentir".

Así me ocurre a mí. Considerad, en efecto, si la experiencia de un indio absolutamente salvaje es menos rica y feliz que la del hombre civilizado común. Me es difícil creerlo. Es profundamente significativo que los niños de todos los países civilizados gusten tanto de jugar a los indios.

¿Por qué esta magnífica técnica, que economiza trabajo y hace la vida más fácil, nos procura tan poca felicidad? La respuesta es sencillamente la siguiente: porque todavía no hemos aprendido a usarla sensatamente.

En la guerra, sirve para que nos envenenemos y mutilemos mutuamente. En la paz, ha hecho que nuestras vidas sean presurosas e inseguras. En vez de librarnos de un trabajo que nos deja espiritualmente exhaustos, ha transformado a los hombres en

esclavos de la máquina, que en su mayoría terminan descontentos su monótono y largo trabajo cotidiano, y tiemblan por sus pobres raciones.

Pensaréis vosotros que este viejo os está cantando una canción desagradable. Lo hago, sin embargo, con la buena intención de sacar una consecuencia.

No es suficiente que dominéis la técnica para que vuestro trabajo pueda aumentar las bendiciones del hombre. Para que las creaciones de vuestra mente sean una bendición y no una maldición para la humanidad, *la preocupación por el hombre mismo y su destino debe constituir el interés principal de todas las tareas técnicas, la preocupación por los grandes problemas no resueltos de la organización del trabajo y de la distribución de la riqueza.* Nunca olvidéis esto en medio de vuestros diagramas y ecuaciones.

León Felipe

No me conteis más cuentos

(INTRODUCCIÓN AL POEMA «UN SIGNO... ¡QUIERO UN SIGNO!»)

«CUADERNOS AMERICANOS»

Ya se han *contado* todos.
Todos se han dicho y se han escrito.
Y todos se han ovillado y archivado.

Los ha contado el viejo patriarca,
los han cantado el coro y la nodriza,
los ha dicho un idiota, lleno de estrépito y de furia,
se han grabado en la ventana y en la rueda
y se han guardado en cajas fuertes las matrices.

Hay réplicas exactas de todas las tragedias,
discos fonográficos de todas las salmodias,
y placas fotográficas de todos los naufragios.
Ninguno se ha perdido. Estad tranquilos.
Se sabe que el poema es una crónica,
que la crónica es un mito,
la Historia, una serpiente que se muerde la fábula
y el poeta el cronista del Rey y el Arzobispo:
el narrador de cuentos.

Todos se han registrado.
Y todos están vivos todavía. Ahí pasa el pregonero:
“¡Cuentos!... ¡Cuentos!... ¡Cuentos!...”
Es aquel viejo vendedor de sombras y de risas
que ahora pregona cuentos.

Pero yo no quiero cuentos...
No me conteis más cuentos.

SE TODOS LOS CUENTOS

Yo no sé muchas cosas, es verdad.

Digo tan sólo lo que he visto.

Y he visto:

que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan en cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
y que el miedo del hombre...

ha inventado todos los cuentos.

Yo sé muy pocas cosas, es verdad.

Pero me han dormido con todos los cuentos...

y sé todos los cuentos.

La guerra y los intelectuales

A fines de la otra conflagración mundial un joven escritor norteamericano, comparable a nuestro José Carlos Mariátegui por su talento y desventura, fijó brevemente, bajo este mismo título, el papel de la *Inteligencia* en su desenvolvimiento. El extraordinario mensaje de Randolph Bourne tuvo al aparecer en *The Seven Arts* muy escasa resonancia en los Estados Unidos. Sin embargo, a la temprana muerte de su autor, el novelista de *Manhattan Transfer* no tardó en proclamarlo el símbolo más puro de su generación. Y todavía hoy —un cuarto de siglo después de 1919— no falta dentro y fuera de U.S.A. quien recoja su voz.

Numbers of intelligent people who have never... felt responsibility for labor wars and oppressed masses and excluded races at home, they had a large fund of idle emotional capital to invest in the oppressed nationalities and ravaged villages of Europe.

Un ejemplo tan penetrante, claro está, nunca es vano ni efímero en medio de un naufragio universal, cuando todo el mundo pierde la cabeza en su afán de salvarse a cualquier precio. Se queda erguido en el aire de la época como un S.O.S. definitivo a la cordura. y si es cierto que su eco lúgubre apresura el hundimiento de los débiles en su desesperación, es capaz de salvar a los auténticos luchadores sociales por una existencia menos cruel.

Desde luego, es preciso no asustarse de las palabras y esgrimir las como armas contra los que recurren otra vez a las más sonoras para ocultar su pensamiento. Pues no se trata solo de ganar la guerra, sino de asegurar la paz, y los intelectuales no pueden dar tan bello nombre al mero regreso a ese cómplice apaciguamiento que tanto envalentonó a Hitler y sus satélites. Pero ¿tienen los intelectuales de nuestro tiempo autoridad moral para

erigirse por sí y ante sí en defensores de una paz verdadera? Es lo que veremos a continuación mediante algunas citas oportunas.

Por lo pronto, no sólo en Alemania, en toda Europa, muchos intelectuales corearon durante años las histriónicas bravatas de Mussolini acerca de la guerra. La prensa católica de nuestro continente aceptó sin reservas el bombardeo en masa de las poblaciones etíopes como un deporte de los hijos del Duce.

El propio Papa, inspirador de la Cristiandad, bendijo al generalito español que arrasó a sangre y fuego su país para imponerse con ayuda de algunos literatos resentidos y renegados a la segunda República, que juntos lograron traicionar. Y antes, en todos los países, grandes y pequeños periodistas se plegaron aviesamente a la propaganda contra el "marxismo" cuyo espectro secular temían que se detuviera en sus propias casas...

Desgraciadamente, aun aquellos que le dicen con el poeta, "Camarada", lo hacen sin otras armas que las retóricas de la burguesía, en un vago y mellado Frente Popular.

Apenas si uno que otro escritor lúcido como Thomas Mann vislumbra un poco tarde la necesidad de una nueva coraza para Palas Atenea. Son de recordar a este propósito las siguientes palabras del discurso inicial de Thomas Mann en los Estados Unidos:

"Nosotros hemos visto que la República Alemana, influida por la ideología de la Socialdemocracia, se ha entregado un día a sus verdugos por la resistencia tímida de verter sangre humana, por un vano respeto a la paz social, por miedo a la guerra civil".

Después de amargas experiencias, Thomas Mann comprende que tal modo de proceder en lugar de impedir la guerra, sólo consigue provocarla. Es lo mismo que había experimentado un siglo antes, aquí en Santiago, nuestro Sarmiento, al ver a los pretendidos pacifistas de la época de Rosas aumentar los estragos de la violencia con su falso humanitarismo. Por eso llamó burlescamente al Dr. Rawson en polémica famosa: "el doctor de la guerra pacífica, el de la caída de los tiranos, rogándoles que caigan por amor de Dios, que ya obscurece..."

Un pacifismo semejante adoptaron muchos intelectuales de nuestro tiempo a la firma del pacto Hitler-Stalin, la víspera del asalto nazi a Polonia. Gran número de "compañeros de ruta" no sólo aprobaron el Munich moscovita, creyendo que había de ser menos desastroso para la U. R. S. S. que para los ingleses el otro, sino que hasta encontraron oportunos los exabruptos que Molotov dirigió a sus aliados de la próxima etapa: "Esos famosos guerreros", etcétera.

Pero tratándose sobre todo de hombres de letras, sin rumbo propio, "al servicio" de un Jefe o de un Partido infalibles, tamaño extravío no debe asombrarnos. En verdad, dichos intelectuales nunca dieron muestras de mayor previsión histórica que la gente común. Por tanto, al extenderse la nueva guerra imperialista ninguno tuvo una actitud singular como la que se había trazado. Y si un líder espiritual no iguala con la vida el pensamiento, como aconseja el clásico, ¿de qué sirve una y otra a la comunidad?

El crítico norteamericano Morton Dauwen Zabel ha confrontado in extenso (ver "Un poeta en el Capitolio" en el número 17 de BABEL) algunas apreciaciones de Archibald MacLeish sobre la guerra para indicar hasta qué punto carece de autoridad el arrogante autor de "Los irresponsables" para llamar así a sus colegas tan equivocados como él.

¿Es preciso añadir otras pruebas igualmente representativas?

Van Wyck Brooks tampoco excusa hoy a nadie una opinión como la suya en la misma encuesta del *Modern Monthly*, de 1935:

—No, I should not advocate war with Japan under any conceivable circumstances.

Con todo, el caso máximo en ese sentido (sin sentido) de oponerse a cualquier guerra y con cualquier motivo, lo brinda el rabino Stephen S. Wise cuyo compromiso consigo mismo destaca Ludwig Lewisohn en un libro antológico del pensamiento judío moderno, traducido a nuestro idioma bajo el título de "Renacimiento de Israel", (Buenos Aires, 1937).

Allí dice al final de la página 255 y principio de la 256, el rabino Wise:

“Sin reservas ni equívocos afirmo desde ya que el púlpito de la Sinagoga Libre (la *Free Synagogue* de Nueva York), mientras yo esté en él, jamás prestará su apoyo a la guerra, a ninguna guerra, a la guerra con cualquier pueblo o nación. No apoyaría yo una guerra para aplastar el hitlerismo ni tampoco una guerra para afirmar los derechos judíos palestineses. Aunque no llevé armas, presté mi apoyo público y privado en la mayor medida, es decir, mi apoyo material y moral, a los Estados Unidos y a las naciones aliadas en la [otra] guerra mundial. Nunca lo volveré a hacer”.

Ahora bien, después de tan categóricas declaraciones de apego invariable a la paz, o mejor dicho, al *status quo* que la fingía en una hecatombe diaria de millares y millares de vidas, ¿cabe de la noche a la mañana un olvido absoluto del papel que a cada bando ha correspondido en la preparación de la actual catástrofe? —Sí, dicen resueltos aquellos mismos que primero dijeron que no con idéntica resolución. Pues, lejos de meter violín en bolsa o irse con la música a otra parte, creen todavía imprescindible su acompañamiento.

Pero mientras los intelectuales se limiten a servir de compañeros de ruta, diciendo una cosa hoy y mañana otra para no ir nunca contra la corriente, impondrán al pueblo tan poco respeto como los políticos, que también olvidan las ideas y los principios ante la realidad de los hechos consumados...

Dígalo si no Mr. Churchill que, al apaciguamiento del feudalismo árabe agrega el del fascismo español, dejando a rabinos y quijotes en la estacada.

Según el viejo defensor del Imperio Británico la nueva guerra mundial es cada vez menos una guerra ideológica. ¿Qué, entonces, tiene que hacer en ella la *Inteligencia*, fuera de subrayar las contradicciones de sus sostenedores incondicionales, como hizo en la otra, un cuarto de siglo atrás, el inolvidable Randolph Bourne?

Manuel Rojas

España otra vez

El discurso con que a fines de Mayo último obsequió Mr. Churchill a la democracia antifascista, dejó a ésta con una mano adelante y otra atrás. El premier inglés, que construyó siempre sus discursos de una manera estratégica, evitando dejar en ellos brechas demasiado ostensibles, dejó en aquél unos boquetes por los que habrían podido pasar, con soltura, los cuarenta ladrones con sus cuarenta camellos. Fué como si del flamante traje de etiqueta antifascista de los conductores políticos de la actual guerra, se hubieran desprendido, inesperadamente, grandes parches, dejando al descubierto las partes más sucias y más malolientes de lo que constituye el cuerpo de lo que se ha llamado, pomposamente, “democracia”.

La afirmación de que esta guerra es nada más que la guerra de la plutocracia financiera y de la burocracia a base de la dictadura del proletariado contra el cesarismo nacional-socialista, cobra, después de ese discurso, y a expensas de Mr. Churchill y demás “grandes”, un desusado aunque lógico crecimiento y evidencia. Los parches caen y la democracia se aleja.

Si hasta el día del discurso de Mr. Churchill, los *grandes* pudieron aparecer ante alguien como campeones del antifascismo universal, después del discurso cualquiera puede ver que no había ni hay tal universalidad. Su antifascismo es un antifascismo local, más que local, de grupo. Si combaten el totalitarismo no es por amor a la democracia o a la libertad; lo combaten porque amenaza a las clases que viven al reparo de ese antifascismo tribal.

“He venido aquí a hablar algunas palabras acerca de España. Permiúdme que a ellas agregue la esperanza de que Es-

paña ejerza una poderosa influencia pacificadora en el Mediterráneo después de la guerra. Los problemas relacionados con la política interna de España son de incumbencia de los españoles. No tenemos por qué inmiscuirnos en asuntos tales como su gobierno”.

Al premier inglés no le interesan los pueblos: le interesan únicamente los gobiernos, y de entre éstos no aquéllos que sean una garantía para el pueblo que rigen (si es que alguno puede serlo), sino, antes que nada, para Inglaterra aunque no para el pueblo de Inglaterra sino que para su clase gobernante. El actual gobierno español no constituye, por el momento, una amenaza para esa clase; siendo así, “no tenemos por qué inmiscuirnos en asuntos tales...” Mr. Churchill, que está tan informado como el que más, no ignora la situación del pueblo español; pero no es el pueblo español el que a él le interesa o puede interesarle, así como no le interesan ni pueden interesarle los pueblos italiano, polaco, ruso o francés. Los gobiernos primero, señores; los gobiernos ante que nada. “Declaro que no cuentan con mi simpatía aquéllos que creen que es ingenioso o aun gracioso insultar e injuriar al gobierno de España cada vez que se les presenta la ocasión”.

“La Honorable Cámara recordará que la última vez que hablé sobre asuntos extranjeros expresé la opinión de que lo mejor sería que el Rey Víctor Manuel, y *por sobre todo el Mariscal Badoglio*, permanecieran a la cabeza del Ejecutivo de la nación italiana y de sus fuerzas armadas... Tengo plena confianza en este gobierno italiano”.

Pero donde el amor a los gobiernos inofensivos llega a su cúspide, es en el párrafo que el premier inglés dedica a Rusia:

“En Rusia se han operado profundos cambios. La forma trotskista de comunismo ha sido eliminada por completo”.

Con esta frase, y quizá sin quererlo (¿o quizá queriéndolo?), Mr. Churchill dejó en mitad de la calle, en paños menores, a uno de los cuatro grandes. *La forma trotskista de comunismo ha sido eliminado por completo*, es decir: al comunismo le han sido arrancados los dientes; ya es inofensivo.

Este discurso nos hace recordar, por analogías de todo orden, otro, también de un amante de las naciones fuertes, con prescindencia de la situación de los pueblos y de “asuntos tales”.

En su discurso del 31 de Octubre de 1939, el Comisario de Relaciones de la Unión Soviética, camarada Molotov, dijo:

“Hemos sostenido siempre el criterio de que una Alemania fuerte constituye una condición indispensable para una paz sólida en Europa”.

Como se ve, al camarada Molotov no le interesaba, en ese tiempo —seguramente tampoco le interesa ahora—, la situación del pueblo alemán; los fusilamientos de miles de comunistas, la persecución a los judíos, los campos de concentración y el terror permanente, no existían para él: lo importante era una Alemania fuerte, “condición indispensable para una paz sólida en Europa”.

En cuanto al naciismo o hitlerismo, era para él, como para su colega Mr. Churchill el franquismo, algo con lo que se podía o no estar de acuerdo, pero, en todo caso, algo que se relacionaba con la política interna de un país; más aun: algo que pertenecía al dominio de la inteligencia:

“Se puede admitir o rechazar la ideología del hitlerismo; esta es una cuestión de criterio político. Pero cualquier persona comprenderá que no se puede suprimir una ideología por la fuerza, que no se puede acabar con ella por medio de la guerra”.

Los asesinatos de comunistas y de judíos, la agonía de los campos de concentración y el terror permanente (frutos de aquella *ideología*), eran, pues, algo “con lo que se podía o no estar de acuerdo”, una cuestión de criterio político...

De un solo golpe —y así como Mr. Churchill ha desnudado a Stalin— el inefable camarada Molotov vistió a Hitler y al hitlerismo de un flamante ropaje ideológico, elevando a categoría de concepción intelectual el asesinato en masa y el saqueo de naciones enteras (ya los naxis habían engullido Checoslovaquia y destrozado Polonia, ayudados, en este último país, por el ejército rojo, ya que “las nuevas relaciones soviéticas-alemanas descansaban sobre la sólida base de los intereses recíprocos”).

Se ha dicho que esta guerra traerá infinitas sorpresas; no es de dudarlo: sobre las tierras inglesas vuela hoy lo que puede considerarse el fruto más acabado de la criminalidad sin reservas mentales: el avión sin piloto, y en las oficinas del estado mayor de la R. A. F. se puede seguir, a simple vista y sobre un mapa mural, el vuelo de una bandada de aviones sobre el mar o sobre tierra extranjera. Sí, no hay duda, esta guerra ha traído y traerá aun infinitas sorpresas, pero, por muchas o por grandes que sean o lleguen a ser las sorpresas de la técnica, ninguna logrará sobrepasar, en magnitud y profundidad, las sorpresas morales que esta guerra nos ha traído y nos traerá aun: hembras vistas cómo, el temor de perder una situación personal o de grupo, ha inducido, a algunos hombres, a arrastrar por el suelo, y ante los pies de bárbaros ensangrentados hasta los ojos, la esperanza de millones de nombres, y a otros, representantes de imperios cuyas flotas parecen rebasar los mares, a hacer zalemas ante reyes y mariscales sin destino y ante dictadorzuelos que han convertido a su país, que antes parecía bastarse a sí mismo, en una dolorosa cuerda de hombres que parecen vivir de la caridad universal; y todo ello conscientemente, con perfecto conocimiento de su histrionismo.

Sabíamos, y lo sabemos hoy mejor que ayer, hasta dónde puede llegar y llega, en algunos seres, en millones de seres, el heroísmo y el amor a la libertad, pero también sabemos, hoy mejor que ayer, cómo ese heroísmo y ese amor a la libertad puede ser burlado por otros seres, por otros pocos seres.

Integridad de Baldomero Lillo

I

El Ateneo de Santiago fué para dos o tres generaciones de poetas y escritores como una estación intermedia entre las tertulias coloniales y los salones literarios europeos. Su público habitual era un muestrario representativo de la sociedad chilena del novecientos, en que las familias entroncadas por línea geneológica con nuestro pasado cultural, junto con aquellas que aspiraban a parecerlo, condescendían a solemnizar esas veladas de invierno con su asistencia; y sus maneras algo apáticas bajo su llaneza aparente, disimulaban apenas una poderosa inercia tradicional. La juventud estudiante se repartía en grupos más inquietos por los rincones de la sala, o iba a encaramarse sobre los duros escaños de los balcones, donde el revuelo de algunas faldas advertía ya la presencia de las bachilleritas que afrontaban la aventura de una carrera profesional. Y allá en las alturas de la galería, casi aplastados por el cielo raso, algunos artesanos y obreros estudiosos asomaban la cabeza al borde del hondo *paraninfo* de la Casa Universitaria, cual si fuesen las cariátides en que descansaba la techumbre del vetusto edificio.

En el programa se concedía naturalmente la precedencia a uno de esos cachazudos investigadores de archivos, cuyo pretexto era siempre el de "aportar nuevas luces" al esclarecimiento de cualquier menudencia histórica. Luego, sin transición alguna, un poeta modernista o un cuentista criollo venía a despertar a la concurrencia a las novedades de la época. En ese ambiente de añejas evocaciones y juveniles expectativas dió a conocer sus cuentos de la vida minera Baldomero Lillo.

Con su apariencia ascética y una voz un tanto opaca, este hombre que llegaba tardíamente y como a pesar suyo a sollicitar la atención de un público, traía hasta este recinto bien alumbrado y bien abrigado, una visión incongruente e insólita de calamidades y de violencia: era como endilgar de repente a una partida de turistas por el antro mal ventilado de una cantera, a la

hora en que comienza a volar la dinamita. Era en verdad como si del piso bien pulido del estrado fuese aflorando de pronto ese mundo subterráneo de la mina, de cuyos flancos rezuma un sudor frío y pegajoso. Era, en suma, la voz de la mina la que, entre laboriosos detalles técnicos de chiflones, vagonetas, piques y galerías de arrastre iba amontonando allí mismo los ciegos desastres de la naturaleza sobre los rasgos más alevosos de la brutalidad humana.

Un silencio atónito sobrecogía entonces las filas inferiores de la sala, mientras que las actitudes ávidas y tensas en balcones y galerías se polarizaban en la abstraída figura de la tribuna. Y entretanto el relato avanzaba como a frenéticas sacudidas con su procesión de mujeres escuálidas, chiquillos de carnes amoratadas por el frío o los golpes, mineros de cariz adusto o vencido; patrones rubicundos de gesto desdeñoso y dominador, y capataces que el miedo exasperaba hasta la demencia del esbirro. Tal es la imagen que revive en mi memoria al evocar el recuerdo de cierta velada del Ateneo en el invierno de 1904.

II

Ese mismo año apareció *Subterra*, el primer libro de cuentos de Baldomero Lillo. Era un modesto volumen a la rústica, sin prólogo ni nombre de editor que abonara la calidad del contenido, y por toda referencia, un pie de imprenta mercantil. En aquellos días pasablemente históricos no había editores en Chile, o más bien dicho, los libreros que se arriesgaban a publicar por su cuenta una que otra obra erudita, sólo patrocinaban libros de "amena literatura" que llevasen firma de gente conocida y con cuenta en el Banco. Los novelistas y poetas que aspiraban al renombre internacional y podían costearse una edición en tafi-lete, iban a hacerse imprimir en París, *chez Garnier*, o con esa Viuda Bouret que ciertos petimetres americanos estaban confundiendo siempre con Mme. Clicquot. En cuanto a los pobres diablitos que se contentaban con publicar sus cosas en Chile, debían estar prontos a depositar una suma al contado con el impresor, en garantía de que no iban a hacerse rastra en su bodega con el remanente de la edición.

Los cuentos mineros de Lillo causaron una conmoción en la vida literaria chilena. Era la primera obra de creación artística en que se trataba con competencia y a conciencia un aspecto de nuestro mundo industrial. En consecuencia, el obrero pudo

leer con interés y respeto una obra que retrataba sus afanes sin recurrir a la desfiguración melodramática para disimular la ignorancia de los pormenores del oficio. Estas historias atestiguaban una familiaridad de toda la vida con esa existencia del minero, que para el resto de los hombres tiene un cariz misterioso y casi secreto. Por primera vez la alpargata y la blusa hicieron la caminata hasta las librerías del centro para volver al suburbio cargando debajo del brazo una obra de autor nacional, sobre cuyas tapas amarillas iba estampado en gruesas letras negras: *Cuentos Mineros*.

Por su parte, los escritores chilenos descubrieron en Lillo un autor novel que, seguramente sin pretenderlo, venía a señalarles el buen camino con sus relatos de lenguaje llano y escrupuloso esmero en la composición de conjunto. La justeza de la observación documental, reforzada por una imaginación de alucinante vigor dramático, hacen del autor de *Subterra* el primer autor chileno con un público lector que abarca del taller y la planta industrial a los cenáculos literarios.

La atención de la juventud era solicitada entonces desde Europa con la avalancha de traducciones de divulgación científica y filosófica que vomitaban las rotativas de Valencia y Barcelona, ofreciéndonos como novedades del momento los hallazgos de Darwin, Marx, Bakunin y Proudhon. Sus medallones barbudos y austeros hacían fruncir el ceño a los curas y persignarse a las beatas cada vez que se confrontaban con ellos en los escaparates de Ahumada y de San Diego. Por lo demás, las preocupaciones políticas y sociales de los santiaguinos se reducían a su acepción inmediata de escamotearle un asiento en el Congreso a los electores de provincia o ganar entrada a las salas de juego de un club social. Y las personas cultas que se interesaban en algo que no fuese la *pega fiscal* o la conversión de la hipoteca de la finca, tenían embargada la atención por esos días con la rebelión de los boxers en la China y las hazañas de los boers en el Africa del Sur. Baldomero Lillo, este escritor que vino a estrenarse a una edad en que ya tantos se disponen a renunciar, desengañados de su porvenir, es el hombre que nos hace volver la mirada a lo nuestro, penetrando, por decirlo así, hasta las entrañas de nuestra tierra, con sus cuentos de la faena minera.

Tierra de montañas, incubadora de mineros, Chile sólo había acertado hasta entonces a mirar la vida en los minerales del Norte, en su aspecto de aventura tras un derrotero de leyenda, donde al cabo de una jornada de peligros y penalidades por la serranía o el desierto, se alcanzaba al fin la fortuna que premia la

constancia. No hay que olvidar por cierto, que *Jotabeche* y Díaz-Gana, con ese trotamundos impenitente de Pérez-Rosales, nos dejaron intencionados apuntes de las épocas de bonanza, bien que muchos de ellos sean, o demasiado episódicos, o sigan apegados al convencional boceto de costumbres, tan propenso a la caricatura. Pero todo eso tuvo que ver con los tesoros de Chañarcillo y Andacollo, o cuando más con los cateadores del desierto atacameño. Nada se sabe en cambio de lo que sea el vivir en la región carbonera de Arauco, salvo la fama que viene corriendo de un Parque plantado al tope de los médanos de Lota, enriquecido con los árboles y las flores más raras del mundo, gracias a los millones que sudan los mineros al fondo de los piques; y todavía corren más fantásticas referencias en torno a la beneficiaria de esa fortuna colosal a través de los casinos de Media Europa.

Con la conquista del desierto salitrero, la sociedad chilena pasó por una crítica transformación, en que la tiranía paternalista del hacendado comenzó a perder terreno frente al político y el profesional de la ciudad, más impacientes por enriquecerse y mandar. Las gruesas ganancias del minero y el habilitador nortino fueron a abonar la agricultura de los valles centrales, saldando las deudas del fundo, poblándolo con ganado fino y haciendo arraigar en las lomas pedregosas y asoleadas las cepas traídas con desvelos de nodriza por peritos venidos de los bordes del Rhin y de las cuevas de todos los castillos de Francia. La Alameda de Santiago reluce con sus palacetes de estuco flamante, y en el recinto de la Bolsa de Valparaíso la fiebre de los grandes negocios, estimulada con inyecciones de capital extranjero, remeda en días de *mala* para Europa el pandemio de la Casa de Orates. Los alquimistas de las finanzas reducen a oro esterlino las ganancias del salitre y el carbón, de donde había de surgir el auge de Nabab de un *coronel* North; y la política se va contagiando con esa ambición especulativa que ha de rematar luego en las orgías parlamentarias engendradas por la Revolución de los Banqueros (1891).

La generación de escritores que alcanzó su madurez en tales circunstancias hubo de abrirse camino por entre las floridas reminiscencias de los últimos románticos y las imitaciones algo ingenuas del naturalismo de Zola y Maupassant. En los casos más afortunados nuestros novelistas del novecientos terminaron por mezclar ambas tendencias en historias de intriga y escándalo que solían brindar, junto con uno que otro desafío a duelo, muy sustanciosos éxitos de librería a sus autores. Bien pronto los mo-

ralistas rusos y los reformadores escandinavos vinieron con los primeros criollistas a enriquecer la algarabía, y Hedda Gabler, Raskolnikoff, Ña Maiga y otros personajes típicos pasan codeándose familiarmente por nuestra escena.

III

Veintitantos años de convivencia con los trabajadores en los campamentos mineros que bordean la bahía de Lota le dieron a Lillo algo más que maestría en los detalles de la labor. De esa compenetración de su propia vida, tan maltratada por los achaques de la salud como por las estrecheces de la fortuna, con la calamitosa existencia de los mineros, resultó una obra literaria de profunda comprensión humana y de simpatía fraternal. Gracias a esta virtud comunicativa, el que lee deja de ser espectador y con el autor mismo hace suyas las menudas tragedias cotidianas de los campamentos y piques carboneros. Los rostros toman aires de familia, y la penetración del carácter cala tan hondo, que en los rasgos marchitos de sus personajes —igual que en ciertos retratos sin retoques de la pintura flamenca— vemos transparentarse junto con las tribulaciones de cada día rastros patentes del vía-crucis de su vida entera.

La primera página de *Subtierra* se abre sobre una escena de tal índole. Unos mineros ya viejos, que la Compañía mantiene arriba como de favor, en labores de poca monta, ven sacar pendiente de la cabria un caballo inválido, “con las patas abiertas y tiesas, como una monstruosa araña recogida en el centro de su tela”. Todos lo reconocen al cabo de un rato, aun cuando ahora no sea ni la sombra del animal de nervudos encuentros y lustroso pelaje que les ayudó allá abajo, en tiempos en que ellos eran forzudos y animosos. Estos trabajadores de desecho miran en silencio al caballejo que acaban de botar de la mina; y callan a sabiendas de la inutilidad de las recriminaciones. Pero el autor puede leer en sus semblantes, como en un libro familiar, y nos dice lo que cada hombre piensa:

—Pobre viejo, te echan porque ya no sirves. Lo mismo nos pasa a nosotros. Como él, nuestro destino será, siempre, trabajar, padecer y morir.

Mientras tanto otros hombres, sus hermanos más jóvenes, o sus hijos, prosiguen allá adentro, en la zona subterránea donde es siempre medianoche, una tarea que no se interrumpe noche y día. Hé aquí como el autor describe ese mundo perdido en tinieblas:

“Un rumor sordo, como de rompientes lejanas, desembocaba por aquéllos huecos en oleadas cortas e intermitentes: chirridos de ruedas, voces humanas confusas, chasquidos secos y un redoble lento, imposible de localizar, llenaba la maciza bóveda de aquélla honda caverna donde las tinieblas limitaban el círculo de luz a un pequeñísimo radio, tras el cual sus masas compactas estaban siempre en acecho, prontas a avanzar o retroceder ... De pronto, allá a la distancia, apareció una luz seguida luego por otra y otra hasta completar algunas decenas. Asemejábanse a pequeños globos flotando en un mar de tinta y que subían y bajaban siguiendo la ondulada curva de un invisible oleaje”.

Ciertas ideas obseden el ánimo del autor, y nos salen al paso una y otra vez con su ansioso interrogante. La más activa de ellas es una repulsión razonada de ese gigante de la explotación industrial, cuerpo sin alma que absorbe cada día su ración de vidas humanas y las muele y las estruja con la misma eficiente voracidad con que la *chancadora* mecánica desmenuza los trozos de salitre o de carbón. En la región carbonera de Arauco, la flor de la juventud ha ido a gastarse en el molejón de una faena más áspera que ninguna. En los días en que el autor vive cerca de ellos, los mineros se hallan confinados en el Campamento igual que en un campo de concentración. Con virtuosa prudencia la Compañía ha cortado las comunicaciones con el mundo de fuera, a fin de que sus obreros no caigan en las tentaciones de la chingana y el garito. La Compañía se daba sus leyes y acuñaba moneda propia, como si fuese un principado extranjero enclavado al margen de la soberanía de la nación. Las multas y los recargos por materiales completaban el despojo, manteniendo así al trabajador en forzada servidumbre.

Cuando el minero Pedro María se acercó a la ventanilla de pago con la halagüeña anticipación de recibir lo suficiente para retirar del empeño varias prendas de la familia, y se halló con un saldo en contra, “la vida se le apareció con caracteres tan odiosos que si hubiera encontrado un medio rápido de librarse de ella, lo habría aceptado sin vacilar”.

“Y por la ventanilla parecía brotar un hálito de desgracias; todos los que se acercaban a aquél hueco se separaban de él con el rostro pálido y convulso, los puños apretados, mascullando maldiciones y juramentos. Y la lluvia caía siempre, copiosa incesante, empapando la tierra y calando las ropas de aque-

llos miserables para quienes las inclemencias del cielo eran una parte muy pequeña de sus trabajos y sufrimientos”.

Una mujer que está a la espera del salario de su hijo, un chiquillo apenas, al verle llegar con una sola moneda en su mano abierta, rompe en reniegos desesperados. A los que irónicamente le advierten que no ofenda a Dios, ella les responde con seca finalidad:

—Para los pobres no hay Dios.

La crítica ha hecho notar antes otra tendencia más evidente en el temperamento del autor, y es que su imaginación sobrecitada de enfermo parece siempre a punto de desatar calamitosos acontecimientos. Aún en aquellos relatos humorísticos (*Casa Mayor; Cañuela y Petaca*) que hacia el final de *Subterra* vienen como a despejar alucinaciones de pesadilla en el ánimo del lector, todavía sentimos que vamos bordeando lo catastrófico. Y aún en esas historias de fondo picaresco, siguen como en suspensión los elementos de la tragedia, semejante a ese “viento negro” del grisú que sopla por encima de las cabezas de los mineros. El tono despreocupado de la narración marcha en extraña consonancia con las amargas sorpresas del cazador furtivo y los arriesgados experimentos de los muchachitos aprendices de cazadores, y añade la punzante fascinación de un peligro de muerte a sus travesuras.

Hay más que eso todavía. Este autor tan cuidadoso en la observación de la realidad es capaz de ponernos delante de los ojos, a la menor provocación, los detalles espeluznantes de un desastre puramente imaginario. En un simple apunte descriptivo (*El Alma de la Máquina*), su imaginación y su destreza en captar lo objetivo se conjuran para anticiparnos lo que podría ocurrir al primer descuido del maquinista que maneje el ascensor de la mina:

“Como las catorce vueltas necesarias para que el ascensor recorra su trayecto vertical se efectúan en menos de veinte segundos; un segundo de distracción significa una revolución, demasiado lo sabe el maquinista. es: el ascensor estrellándose, arriba, contra las poleas; la bobina arrancada de su centro precipitándose como un alud que nada detiene, mientras los émbolos, locos, rompen las tapas de los cilindros. Todo eso puede ser la consecuencia de la más pequeña distracción de su parte”.

La escena salta de un golpe de una rutinaria realidad a la fantasía. Una visión de tumulto y espanto pasa frente a nuestra vista. Entretanto, nada ha ocurrido, por lo menos en la apariencia, y la máquina prosigue su tarea con mecánica preci-

sión. Pero ya nunca podremos acercarnos a ella con la confiada curiosidad de antes.

Otra preocupación fija en la mente del autor es la suprema indiferencia, la impasibilidad de la Naturaleza frente al destino humano, que en casi toda su obra se manifiesta en un sentimiento de perplejidad maravillada. La vida aparece a sus ojos no menos enigmática que la muerte. El contraste entre nuestro vivir afanoso y la imperturbable fisonomía de las cosas prueba a cada paso el temple de su alma estoica. Después de hacernos asistir hasta el menor detalle a la agonía atroz de aquella mariscadora que ha quedado presa en una grieta de la playa y que ve al oleaje de la pleamar arrebatarle a su criatura de lo alto de la pendiente, cuando se han desvanecido las burbujas de su último aliento en la calma del atardecer, el autor se refiere a ese impasible festigo de la naturaleza con palabras como éstas (cito de memoria):

“Y el dolor de aquélla madre, que de haberse repartido entre todo el género humano hubiese bastado para nublar cada semblante, no empañó ni con la más ligera sombra la diáfana serenidad del cielo y el mar”.

De tarde en tarde, solamente, como que el autor hubiese llegado a sorprender en las fuerzas naturales una intención manifiesta, eso sí que imparcialmente destructora, como ocurre con la explosión provocada por el minero para vengar los atropellos de su patrón. Y en *El Ahogado*, acaso el cuento que mejor revela su conocimiento del corazón humano, el relato sugiere cierta intención sardónica en el encadenamiento de los sucesos: cuando Sebastián le da un tajo al salvavidas del naufragio para librarse de su presencia y quedarse con el oro que descubrió en su portamonedas, el cuerpo se hunde arrastrando consigo su fortuna, que pendía de un cordoncillo invisible amarrado a su cintura.

IV

Tres años después de la aparición de *Subterra* Baldomero Lillo reunió en *Subsole* sus cuentos y leyendas de los campos y mares del Sur, con algunos trabajos de intención filosófica y corte inventivo, (*El Rapto del Sol*; *Las Nieves Eternas*; *El Oro*), y en los quince años siguientes, hasta su muerte en 1923, sólo publicó en todo y muy de tarde en tarde, en revistas y diarios santiaguinos, no más de una veintena de apuntes de tipos y costumbres. Su proyecto de escribir una novela de la vida en la

pampa salitrera, dándole como remate la matanza de huelguistas por la guarnición de Iquique en 1907, no pasó más allá de algunos tanteos sin fundamento. Considerando lo muy exigente que era su conciencia literaria y la hora tardía en que venía a acometer tamaña empresa, se explica muy bien que al fin renunciara a ella, y, como siempre, sin quejas ni aspavientos.

González Vera ha contado su vida en el Epílogo noticioso y comprensivo que lleva la tercera edición de *Subsole*. Yo quiero decir solamente que nunca vi hombre más *natural*, ni he encontrado en ninguna parte otro escritor, sano o enfermo, con tan robusta salud moral, más libre de toda afectación. Si su estilo adolece de algunas expresiones demasiado castizas y giros de molde, es porque su aprendizaje lo hizo tardíamente en los novelistas españoles; así como ciertos galicismos deben achacarse a las malas traducciones en que conoció a los maestros franceses. Esos defectos de detalle prueban que se saltó ese período de ensayos juveniles en que se forma la expresión, mientras vienen la experiencia de la vida y la madurez del pensamiento a completar la personalidad de un escritor. Por eso mismo vemos a Lillo poner tanto empeño en los elementos de fondo de sus relatos, la gradación dramática y el desarrollo armónico de la narración.

En una palabra, Lillo es uno de esos raros escritores que aptenden el secreto de convertir sus limitaciones en una virtud. Como el caminante medio rendido por el cansancio que debe repechar una cuesta hacia el fin de la jornada, y se detiene a menudo a recobrar el aliento, él hace su obra a retazos, tanteando el terreno, y luego pisando a pie firme. Cuando fructifica su vocación, siente que es tarde para esperar la concepción reposada de la novela. Por otra parte, al restringir su acción al vuelo corto y rápido del cuento, nuestro autor no hace más que seguir la fórmula que parece congeniar mejor con el carácter nacional, cuya desconfianza de lo fantaseoso y lo que meramente reluce suelen achacar los de fuera a apocamiento de la imaginación y sequedad de temperamento. La más larga de las historias en los dos volúmenes que nos dejó Lillo no pasa de las treinta páginas. Todas, sin embargo, están cargadas con una atmósfera de alta tensión, y ni una sola (salvo tal vez sus fantasías alegóricas) deja de expresar una emoción íntima profunda.

Las perentorias limitaciones que impone una salud endeble hacen al hombre de espíritu fuerte concentrarse en la energía del carácter. En la batalla del mundo, todavía puede hacer oír su voz por lo menos. Acabará por ser un puritano; eso sí, más

exigente consigo mismo que con los demás. Callará sus propios padecimientos, pero no podrá reprimir su indignación ante los males remediabiles y el atropello injusto. Lillo no es tampoco un inválido, y la vivacidad de su bienvenida desmentía heroicamente el sordo aniquilamiento de su naturaleza. Uno de sus amigos le echa en cara que él, un humanitario, se entregue sin escrúpulos a las fechorías de la caza, sin que ese censor advierta que una excursión con la escopeta al hombro brinda más de una ilusión confortadora al hombre que conoce el confinamiento de muchas largas convalecencias.

La pobreza es otra de las limitaciones que imprime su fisonomía en la obra de Lillo. Esas vidas que vegetan en la mina y el campamento, cuentan todas algún episodio lamentable de la misma historia de privaciones. Quien no se haya visto siquiera una vez sin recursos entre extraños no puede comprender la angustia de animal acosado por el cazador en que se consume la vida de los desamparados. El mundo tiene para el pobre el gesto desconfiado del comerciante que vende a crédito, y la actitud vengativa del dueño de casa en el momento de la mudanza forzosa. No es extraño, por lo tanto, que las escaceces y los achaques de esos mineros que le acompañan más de la mitad de su vida, embarguen a tal punto la atención de nuestro autor hasta que él llegue a sentirlos como cosa propia; pues, ¿no son los quebrantos de la salud y la pobreza misma como socavones tortuosos y oscuros en las entrañas de la vida, por donde va uno tropezando a tientas en busca de la claridad y el desahogo que se vislumbra siempre allá lejos, tras la última revuelta del camino?

“Oh, pobreza— dice el autor de la *Vida de don Quijote y Sancho*— pobreza, cómo ocupáis las soledades de los caballeros andantes y de los hombres todos! Le veis triste (al héroe), le veis abatido, juzgáis que el desaliento le gana o que el caballeresco ánimo se le mengua, y no es sino que piensa en lo mucho que rompen botines sus hijitos...”

V

De la escuela naturalista Lillo tomó el método documental, la observación minuciosa del ambiente, y el estudio de conjunto en vez de la romántica exaltación de lo individual. Lo que dió resonancia y permanencia a su obra no fué eso, sin embargo. Si

sus cuentos lograron interesar y conmover a una multitud de lectores y siguen siendo parte de nuestra literatura actual, es porque su autor nos hace sentir la tragedia de esas vidas como algo que está muy cerca de nosotros y habla a nuestra conciencia. De otro modo *Subterra* habría pasado pronto al olvido como una precaria imitación del *Germinal* de Zola.

Hace justamente un siglo que Francisco Bilbao y Santiago Arcos pretendieron inculcar en la política chilena sus nociones de responsabilidad social. La oligarquía gobernante se defendió sin miramientos; pero el pueblo volvió pronto a su indolencia fatalista, porque faltaba el hombre que expresara no sólo lo que ocurre en el mundo del trabajo, sino sobre todo lo que allí se *siente*. Era necesario poner la virtud comunicativa del arte en los anales de nuestra historia social. Lillo fué ese hombre.

De allí en adelante la literatura chilena penetra en la intimidad del taller y hurga en la penumbra humosa del rancho campesino. La protesta que se incubaba en las páginas de *Subterra* y *Subsole* crece hasta convertirse en la voz estentórea de la muchedumbre. Los políticos más despiertos offician de estadistas, y así vienen el Código del Trabajo y las Leyes de Previsión Social. Los mineros, como los demás trabajadores de Chile, no están ya fuera del amparo de la ley.

Cuando Lillo alcanzó hasta la pampa salitrera en busca de impresiones y referencias para su novela, fué a fines de la primavera de 1909. (Y eso de la primavera es una palabra sin sentido en los arenales y riscos del desierto). Pero la elaboración del caliche es tan compleja, la vida tiene caracteres tan suyos y violenta en tal forma la naturaleza del hombre, que Lillo debe de haberse convencido pronto de lo desproporcionado de su empresa. Bajó, entonces, a Iquique; pasó por las imprentas, por las sociedades obreras y las bibliotecas. Donde iba no hacía más que preguntar, preguntar, preguntar. Una tocesilla seca le golpeaba el pecho con esa odiosa insistencia que tiene el llamado del cobrador a plazo que viene a recobrar la prenda. *Toc, toc, toc*. “¡Vamos, hay que apurarse, que el tiempo escasea!” parecía secretarle por dentro. Pero Lillo seguía sin hacerle caso, absorto en su pasión del humilde dato vital, del menor rasgo expresivo de humanidad.

Recuerdo a este propósito una ocurrencia de los últimos años de su vida, cuando ocupaba con sus hijos uno de esos caserones de San Bernardo, que son como un espacioso trasplante del campo dentro de la ciudad. Era la tarde de un domingo y estábamos con algunos amigos de Santiago sentados debajo del

parrón. Un visitante nortino llegó en ese momento a ofrecerle algunos recortes con datos para su libro en proyecto, y con la idea de lucirse en presencia de un celebrado escritor, nerviosamente se puso a explicar las condiciones de vida en el Norte, recurriendo al concho del diccionario. "La sociabilidad pampina... en pugna con la idiosincrasia de los elementos plutocráticos..., que sólo van a locupletar sus arcas..." y otras palabrejas por ese estilo.

Lillo seguía la arenga sin pestañear. De vez en cuando hacía su gesto habitual de abrir la boca y echar la cabeza atrás como para desahogar los pulmones con una buena carcajada; pero todo paraba en una mueca silenciosa que era un simple gesto de cortesía para su interlocutor. Por fin, poniéndole en el hombro su mano descarnada que vino a cortar en seco la perorata, le preguntó con un tono muy persuasivo, sin rastros de malicia o impaciencia:

—¿Y a cómo están pagando el kilo de azúcar en su pueblo, mire?

El obrero chileno en la pampa salitrera

(CONFERENCIA INÉDITA)

La gran huelga de Iquique en 1907 y la horrorosa mantanza de obreros que le puso fin, despertaron en mi ánimo el deseo de conocer las regiones de la pampa salitrera para relatar después las impresiones que su vista me sugiera en forma de cuentos o de novela.

Hace ya algún tiempo que efectué este viaje del cual me he aprovechado para escribir un libro que publicaré dentro de poco.

Estas páginas son un extracto de ese trabajo en el cual he tratado de reproducir, lo más fielmente posible, las características y modalidades de esa vida que, hoy por hoy, es única en el mundo.

Como es lógico, he dedicado la mayor atención a describir las condiciones de vida y de trabajo del operario chileno. Esto es un problema de vital importancia que exige para el bienestar futuro de la República una inmediata solución.

Por el clima, la índole especialísima de sus faenas, el régimen patronal, la preponderancia del elemento extranjero y la nulidad de la acción gubernativa, la tierra del salitre, abrasada por el sol del trópico es una hoguera voraz que consume las mejores energías de la raza.

Menos mal si acaso este sacrificio tuviese su compensación, pero todos sabemos que descontando lo que percibe el Estado por derechos aduaneros y algunos proveedores nacionales por ciertos artículos, la casi totalidad de los valores que produce la elaboración del nitrato salen fuera del país.

El alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, los accidentes del trabajo y del desgaste físico de un esfuerzo muscular excesivo abren honda brecha en las filas de los obreros y, entonces, como generales que piden refuerzos para llenar las bajas después de una batalla, los salitreros envían al sur sus agentes de enganche que reclutan con el incentivo de los grandes jornales lo más granado de nuestra juventud obrera y campesina.

Si se hubiese cuidado de llevar una estadística de estos enganches asombraría verdaderamente el número de hombres arrebatados a las labores del campo y de la industria, pues es un hecho perfectamente comprobado que, en general, son muy pocos los que regresan al terruño después de estar en el Norte.

Los salarios, con que se remuneran algunas faenas, que en gran parte resultan para el trabajador puramente nominales y el espíritu aventurero y batallador de la raza hace que muy pronto los recién llegados se habitúen a la existencia dura y monótona del desierto.

Por ser tan conocidas en todos sus detalles las faenas de extracción y elaboración del salitre sólo me referiré aquí a las que se ejecutan a destajo o a trato que son las más importantes: a saber, la del particular o calichero, y la del desrripiador, que son las más duras y penosas, y las mejor remuneradas de toda la pampa.

Basta observar por un instante al particular dentro del rajo o zanja esgrimiendo los pesados machos, maza de acero de 25 libras con las cuales se tritura el caliche, para aquilatar lo rudo de su tarea. Los rayos del sol caen sobre él encendidos, fulgurantes, envolviéndolo en una atmósfera de fuego. Ahogado y cegado por el polvo, cubierto de sudor y acosado por una sed rabiosa lucha contra la fatiga y soporta durante diez horas la brutal jornada.

Y tan penosas como éstas, en general, son las demás faenas a destajo o trato tales como las del barretero, chancador, desrripiador, etc., que nuestros obreros según su costumbre realizan intensivamente no soltando las herramientas sino cuando el organismo ha llegado a su último límite de extenuación y agotamiento físicos.

Pero todos los que han tenido oportunidad de ver los trabajos de una Oficina Salitrera están contestes en asegurar que la tarea más dura es la que lleva a cabo el desrripiador en los cachuchos. Estos son grandes fondos de fierro dentro de los cuales se introduce una cuadrilla de cuatro hombres para expulsar los ripios o residuos sólidos que quedan en el interior después de vaciado el caldo proveniente de la lixiviación del caliche.

Todas las condiciones desfavorables se han reunido aquí para hacer este trabajo penoso en extremo para el obrero, pues además del pequeño espacio en que tiene que operar y el esfuerzo considerable que le exige su tarea, la elevadísima temperatura del interior y las espesas nubes de venenosos vapores que se desprenden de los ripios, dificultan enormemente su labor.

Semidesnudos, sin más traje que un pantalón de lienzo, es un espectáculo doloroso ver a estos jóvenes atletas agitarse con contorsiones de epiléticos mientras ejecutan su inhumana tarea.

Conviene anotar un dato importante: los desrripiadores son en su totalidad chilenos, lo que si habla muy alto de las cualidades de empuje y resistencia de la raza demuestra también el estado de atraso e ignorancia en que yacen nuestros compatriotas, pues una dosis pequeña de cultura les haría ver que el trabajo en esa forma es un atentado a la salud y a la vida. Es un hecho conocido que el desrripiador, cuando una pulmonía no acaba con él sorpresivamente, sólo resiste dos o tres años una labor que bien puede calificarse de salvaje, pasando después a engrosar el ejército de los impedidos, de los inválidos, de los derrotados en las luchas del trabajo.

Y aquí salta un detalle importante que afecta al porvenir de nuestras clases obreras. Si se considera al operario chileno desde el punto de duración como máquina de trabajo resulta en condiciones de inferioridad respecto al trabajador extranjero. Es muy frecuente encontrar en la pampa compatriotas nuestros que representan cincuenta años de edad y no tienen sino treinta. Entre los varios factores que determinan este prematuro envejecimiento debemos anotar el hábito de trabajar intensivamente, sin atender a la más elemental regla de higiene y sin suspender la tarea hasta que las fuerzas se agoten por completo.

Los patrones, conocedores de estas características, favorecen en cuanto pueden la tendencia de nuestros obreros a trabajar a destajo o a trato; pues ello resulta en extremo beneficioso para sus intereses ya que un particular, un barretero, un desrripiador, un canchador, ejecutan la labor de dos o tres hombres pagados a jornal y en una misma cantidad de tiempo.

Mucho caudal se ha hecho de los elevados salarios que se pagan en las salitreras, pero poco se ha dicho y se dice de las dificultades que el trabajador tiene que vencer para alcanzar ese resultado. Si se mide la cantidad de trabajo de un calichero u otro operario a trato y el salario que esta labor le representa, resulta que el precio es una cantidad irrisoria comparada con la suma de esfuerzos que ha tenido que emplear para realizarla.

Además los patrones han arreglado las condiciones de la faena a trato en tal forma que el trabajador para lograr el jornal que ambiciona, que rara vez excede de seis pesos diarios, tiene que mantener durante diez horas consecutivas lo menos, un tren de trabajo forzado que sólo su organismo de hierro puede soportar.

Pero las fuerzas humanas tienen su límite y este desmedido gasto de energías musculares concluye por minar a la larga la constitución más robusta. De ahí que el debilitamiento de nuestros obreros empiece a menudo a una edad temprana, como es la de 30 a 35 años.

Este hecho es un factor importantísimo en el problema de nuestra despoblación porque, gastando el obrero en su juventud todo el caudal de sus fuerzas físicas las consecuencias son desastrosas para la conservación de la raza, que espíritus observadores declaran que hoy por hoy se encuentra en un período de franca decadencia.

Algo más podría agregarse a lo expuesto sobre las condiciones desfavorables que hacen tan penosas las labores de la región salitrera, pero la necesidad de mostrar otros aspectos de la vida del trabajador no lo permite.

Los que estamos habituados al espléndido paisaje de nuestros campos, sentimos una opresora angustia al ver por vez primera la desolada llanura de Tarapacá.

Por dondequiera que se tienda la mirada, el desierto aparece a nuestros ojos, árido, desnudo, desprovisto en absoluto de vegetación. Ni un arbolillo, ni una planta, ni un ave, ni un insecto, nada que signifique vida animal o vegetal descubre la vista ansiosa en aquella tierra muerta. Y para hacer más rudo el contraste, un sol implacable que no empañan nubes ni vapores envía desde lo alto torbellinos de fuego devorador.

En este yermo páramo, aisladas unas de otras se alzan las oficinas salitreras que, miradas a la distancia, parecen con sus altas y humeantes chimeneas y sus alargadas construcciones, inmóviles y grandes transatlánticos.

En general, y salvo su mayor o menor importancia, las Oficinas son entre sí muy semejantes. Sus diversos departamentos están distribuidos en tres grupos.

El primero y más importante lo forman las maquinarias y demás instalaciones donde se elabora el salitre; el segundo lo componen las oficinas de la administración, casas de los jefes y empleados, pulpería, fonda y bodegas; el tercero es el campamento, o sea las construcciones destinadas para viviendas de los obreros.

Separado cien o más metros de las otras instalaciones, el campamento es en casi todas las Oficinas una serie de viviendas construidas de un modo tan simple y rudimentario, que una ruca

araucana, comparada con ellas, es un prodigio de confort y comodidad. Los muros-techumbres, paredes divisorias de estas habitaciones están formadas de planchas de hierro galvanizado sujetas por armaduras de madera. El piso es de tierra salitrosa y el techo tiene la altura suficiente para que un hombre de regular estatura pueda estar de pie. Carecen de ventanas y la luz exterior penetra por la única puerta que da a una callejuela que es al mismo tiempo patio, corral y depósito de basuras.

Nada más triste y misérrimo que el interior de estas viviendas. Oscuras, sin ventilación, parecen más bien cubil de bestias bravías que moradas de seres humanos.

Un matrimonio y su familia ocupa dos piezas: una sirve de comedor, de cocina, de lavandería, de gallinero, etc., la otra es el dormitorio. En cuanto al mobiliario, todo es allí de una extrema miseria, ni siquiera existe lo indispensable.

Tal es en general, y salvo raras y honrosas excepciones, la morada, el hogar, el sitio de refugio y de descanso que tras una tarea aniquiladora ofrece la Oficina a sus operarios.

Diariamente los obreros a trato que trabajan a cielo descubierto en la pampa suspenden sus labores a las tres o tres y media de la tarde. A esa hora los rayos del sol son tan ardientes y han caldeado de tal modo la tierra y el aire, que proseguir la faena en esas condiciones es poco menos que imposible. Los barreteros y particulares abandonan entonces sus agujeros y se arrastran más bien que caminan hacia el campamento. Y llegados allí se encuentran que su vivienda es un respiradero del infierno, pues las planchas de zinc que forman el techo y las paredes, recalentadas por el sol, elevan la temperatura del interior a límites increíbles. Añádase a esto los olores nauseabundos que salen de los rincones donde se amontonan basuras y desperdicios y se tendrá un cuadro bien poco halagüeño del hogar obrero en la pampa salitrera.

Después de guardar las herramientas y quitarse el polvo del traje, el obrero sale de su casa y se dirige a la fonda, en la que permanece hasta la noche entregado a sus pasiones favoritas: el juego y el alcohol.

Al día siguiente, a las tres o cuatro de la mañana, está otra vez en la pampa ejecutando su pesada tarea. Y así transcurre un día y otro hasta que una enfermedad de las muchas que lo acechan o un accidente del trabajo, como ser la explosión prematura de un tiro o un trozo de costra que cae sobre él desde lo alto, o la inmersión en el caldo hirviente de un cachucho, concluyen con su mísera existencia.

Para un observador superficial, para un moralista colocado fuera del medio donde actúan nuestros obreros, nada hay más censurable, extraño e incomprensible que su conducta después del trabajo. En vez de ir a reponerse de sus fatigas al seno del hogar, rodeado de su mujer y de sus hijos, ese vicioso incorregible prefiere la fonda o un rincón cualquiera donde pueda beber y embriagarse.

Pero para el que observa, tomando en cuenta todos los factores que determinan este estado de cosas, lo extraño y anormal sería que el trabajador de la pampa fuese temperante. Desde luego no hay nada, absolutamente nada, que lo induzca a la temperancia, ni siquiera el ejemplo de sus patrones, pues si el obrero se embriaga con alcohol desnaturalizado, cuyo sabor disfraza un poco de anís o de menta, ellos lo hacen con whisky de veinte pesos la botella. Y si hombres relativamente cultos, que disfrutaban del más refinado confort, que no están sujetos a fatigas físicas, no pueden sustraerse al consumo inmoderado de bebidas espirituosas, mucho menos puede hacerlo el obrero ignorante y analfabeto que después del trabajo queda extenuado y aniquilado por el cansancio y cuya morada es una inmundicia pocilga.

Fatalmente, irremisiblemente, el obrero busca en el alcohol, no el tósigo que le haga olvidar sus miserias, sino el cordial que restaure sus fuerzas y el estimulante que entone su ánimo decaído. Y es para él tan necesario este estimulante que si las bebidas alcohólicas se suprimiesen en la pampa sin cambiar sus actuales condiciones de vida y de trabajo, los trabajadores emigrarían en masa sin que bastase a detenerlos el alza de los salarios y aunque los jornales se duplicasen o triplicasen.

Los patrones conocen perfectamente esta circunstancia y, como son en casi su totalidad extranjeros, para quienes la conservación de la raza y el porvenir de las clases obreras de este país, son tópicos que no les interesan, sólo atienden a que el capital que administran rinda las más altas utilidades.

Consecuentes con este principio, en vez de dificultar el consumo del alcohol lo facilitan, expendiéndolo sin tasa en sus fondas y pulperías. Si al menos cuidasen de la calidad de las bebidas atenuarían siquiera en parte los males del alcoholismo, pero el incentivo del lucro hace que en muchas pulperías se fabriquen licores cuya base es el alcohol desnaturalizado.

Si las condiciones de trabajo, habitaciones antihigiénicas y alcoholismo hacen tan sombrío el cuadro de la vida obrera del norte esas circunstancias desfavorables no son las únicas que cargan con sus negras tintas esa pintura siniestra.

Hace pocos días, en este mismo recinto, un distinguido profesor dió una conferencia acerca de la mortalidad infantil y los medios de combatirla.

Si esta mortalidad es enorme en nuestras ciudades, en la pampa salitrera alcanza proporciones aterradoras. Más del sesenta por ciento de las criaturas que nacen perecen en el período de la lactancia. Aunque la causa principal es la inadecuada alimentación y la ignorancia de las madres, hay otros factores que contribuyen a aumentarla.

En lo que se refiere a la alimentación voy a apuntar un hecho que revela el criterio con que se dictan algunas leyes en nuestro país. Como en el desierto la leche es un artículo que no existe, sólo se conoce la "condensada", que viene del extranjero. La clase obrera hace un enorme consumo de esta preparación empleándola las madres para alimentar a sus hijos.

Pues bien, un día los trabajadores supieron con la sorpresa y desagrado consiguientes, que la leche condensada había subido cincuenta por ciento de precio. Esta alza trajo, naturalmente, la restricción del consumo, lo que vino a privar a los niños de un alimento irremplazable. La consecuencia inmediata fué un aumento de la mortalidad infantil.

Lo que había motivado esta alza era una ley dictada por el Congreso que aumentaba los derechos de aduana del producto extranjero para favorecer una fábrica de leche condensada establecida en Rancagua. La leche de esta fábrica, por su mala calidad, no tuvo aceptación en el norte.

A esto llaman nuestros legisladores protección a la industria nacional, sin tomar en cuenta que gravar lo que consumen las clases desvalidas equivale, en el fondo, a restringir los brazos aptos para el trabajo, sin los cuales no hay ni puede haber industria posible.

Otra de las causas que influyen poderosamente en la mortalidad infantil, además de la mala alimentación, alcoholismo e ignorancia de los progenitores, son las habitaciones.

Construidas, como ya se ha dicho, con planchas de fierro, alcanzan a veces en el día temperaturas mayores de cuarenta grados para descender por la noche a cero grado o menos. Estos desniveles de calor y frío tan considerables y que se suceden con intervalos de pocas horas, son mortíferos para los niños. Los débiles y enfermos perecen sin remedio.

Es tan vasto, tan complicado lo que entraña el problema obrero del Norte, que sólo he podido señalar en esta conferencia algunos de sus puntos más salientes.

Ellos bastan, sin embargo, para demostrar que la ignorancia y atraso de nuestros trabajadores son el principal factor de su miseria física, moral e intelectual.

Por lo tanto, elevar aunque sea en cantidad mínima, el nivel de la cultura del pueblo, es la obra más necesaria que debemos emprender para el progreso futuro de la patria.

González Vera
 "La incógnita"

La librería que más me impresionó en Buenos Aires es una de viejo, que está situada en Calle Sarmiento.

El librero, seguramente, en otra encarnación formó parte de un cuadro de Zurbarán. Viste de obscuro, es muy pálido y mira más allá de todo como si por delante tuviera la pampa.

La pared de la calle deja, en el lado izquierdo, una gran cavidad, ocupada por la vitrina, que está repleta de libros curiosos y añejos y en el derecho, después de un trozo de muro, está la puerta. Por dentro, adosada a cada muro, se alza la estantería hasta cerca del techo. No hay en ella espacio ni para un rayo de sol.

Frente a la vitrina hay un pequeño mostrador. Tal vez en él hizo el librero las cuentas y guardó el dinero. Hoy su cubierta está oculta bajo los volúmenes. Si se pusiera uno más, resbalaría.

El librero debe de amar los libros con pasión, porque frente a cada estante, con una base de un metro de profundidad y más de dos de altura, se alzan sendas rumas de obras. Son grandes montones de pensamiento anónimo. Las rumas impiden acercarse a los estantes y los libros que allí están seguirán ocupando el mismo sitio. Delante del mostrador es igual. Se lo adivina, se hace visible por un costado, pero no se puede llegar a él. La vitrina atesora obras puestas en ella no se sabe en qué año, está inmovilizada por una ruma que la rodea, que la empareda y la hace inaccesible. ¿Cuándo se abrió su puertecilla por última vez?

No desperdiciando ni una sola pulgada, el espacio libre llega apenas a cuatro metros cuadrados. En ese limitado lugar se mueve el librero, que no se queja, no se impacienta y se mantiene en actitud digna de la mañana a la noche. Ama los libros y com-

pra sin cesar. Tal vez querría vender algunos, pero ¿cómo hacerlo? ¿si los que están en los estantes y la vitrina son inaccesibles, y los que se hacinan en las rumas es difícil saber qué títulos tienen?

No pude dejar de preguntarle si sabía qué obras hay en cada ruma. Me contestó, con alguna tristeza, que podía ubicar las muy solicitadas. Y guardó silencio.

Desde muy temprano está en la librería. Lo ven allí los madrugadores y los que van a sus casas cuando el alba asoma. Mira a la calle, inmóvil, o se pasea a lentos pasos. En ese recinto toma su desayuno, almuerza y come. Lo principal es no ausentarse, porque el espacio disminuye, y por no ausentarse lo encuentra también la alta noche. Duérme apenas unas horas.

Al abrir mira el espacio y tiene a veces la sensación de que los libros se han corrido.

Sin ser zahorí puede preverse que los cuatro metros serán pronto tres, luego sólo dos, más tarde uno y vendrá el día en que abrirá para atender desde la acera porque los libros, silenciosamente, lo irán echando a la calle.

Ya no podrá vender, pero le quedará el consuelo de comprar y los irá disparando, por encima de las rumas, hacia el fondo del almacén. Será ese el ocaso de la librería.

Y una mañana, la última, no podrá conseguir que la puerta gire. Entonces arrojará la llave en el primer hueco que vea y se irá cavilando por las calles de la gran capital.

Luque Hidalgo

¿Qué pasa en la Argentina?

Es difícil para un argentino ser objetivo y ecuánime si quiere trazar un panorama de lo que ocurre en su país. Aquello que en términos oratorios se suele llamar "subversión institucional", data de mucho tiempo atrás, y no es obra exclusiva del actual gobierno. Los políticos suelen retrotraerla hasta 1930, año en que fueron despojados del poder por Uriburu, pero en realidad comienza años antes de dicha fecha. En lo que podemos confiar en nuestros recuerdos, data de la primera presidencia de Irigoyen. Este presidente se creyó "plebiscitado", término que para él significó el estar "ungido" por la voluntad del pueblo con un poder omnimodo, que estaba dispuesto a emplear, naturalmente, en bien del pueblo. Irigoyen fué una especie de *fascista amateur*, e impuso las siguientes novedades en materia de gobierno: 1.º—Denigración y menoscabo sistemático del parlamento, al negarse a concurrir a él y al alzarse ostensiblemente contra sus resoluciones; 2.º— Creación de una máquina electoral prepotente, al actuar coercitivamente contra todas las provincias o regiones electorales en las cuales su partido no tuviera mayoría; 3.º—Imposición por la fuerza de las opiniones del gobierno, al obligar a todo funcionario público a suscribirse al diario del partido, bajo pena de exoneración; 4.º—Creación de las "milicias de choque" o camisas pardas, en un llamado "clan radical" que efectuó actos de terrorismo al amparo de la policía; y, como dato accesorio, pero pintoresco, su visible inclinación "rosista", que ha sido retomada por el actual Gobierno.

De modo, pues, que hace más de 30 años que asistimos a una violación sistemática y deliberada de los principios de la Constitución, y estos principios nunca estuvieron tan arraigados en nosotros como para poder soportar tanto tiempo esa constante fuerza erosiva. De allí que hace ya mucho que no hay en realidad una reacción pública contra los desmanes de los gobiernos, y que se haya formado una especie de consenso en que tales principios se mantenían en la letra, y se enseñaban a los chicos en las escuelas, pero que su vigencia no iba más allá. Esto explica,

en parte, la indiferencia con que el pueblo ve y soporta los actuales atropellos.

Asimismo, la moral pública y privada ha sido profundamente minada de tiempo atrás, tanto por los "de arriba" como por los "de abajo". El país ha soportado una serie de gobiernos ineptos, inescrupulosos, rapaces y desprovistos de todo ideal que no fuese el de enriquecerse a toda costa. La impunidad de los ladrones de arriba estimuló a los ladrones de abajo, y pronto se vió que la creencia en que el gobierno era sinónimo de fortuna, era el único vínculo unánime que existía entre nosotros, cualesquiera que fuesen las discrepancias sociales, políticas o religiosas. Aún los más profundos simpatizantes del régimen democrático debíamos confesarnos, en nuestro fuero interno, que estábamos sosteniendo un régimen de hombres podridos.

El actual gobierno militar coincide con nosotros en esta apreciación, con la diferencia que ellos, los militares, se consideran la única parte sana del país, destinada a curar y redimir al resto de la población. En eso disintimos; para nosotros, los militares argentinos adolecen de los mismos vicios y están atacados de idéntica podredumbre, agravada por su conciencia de casta y los privilegios de que se los ha rodeado. Y, de paso, diré que la prepotencia militar proviene, a nuestro juicio, también del gobierno de Irigoyen. El los llenó de gangas y prebendas, para tenerlos de su parte, para que "se estuvieran tranquilos" y así surgió en ellos la creencia de que la suerte del país estaba en sus manos, y que en cualquier momento podrían intervenir activamente en su vida política.

En estas condiciones, no es extraño que el país se haya visto librado a sí mismo, o mejor dicho, librado a las peores manos y a las peores influencias, aquellas que estaban en condiciones de mover la pesada máquina administrativa y conseguir de ella concesiones y privilegios. El capital extranjero aprovechó ampliamente ese estado de corrupción para conseguir monopolios monstruosos, como el de la Corporación de Transportes de la ciudad de Buenos Aires.

Con Castillo creímos llegar al punto máximo del desorden institucional, de la desvergüenza y la incapacidad prepotente, pero el destino nos tenía reservadas cosas peores todavía. En su presidencia, las organizaciones fascistas y los elementos reaccionarios, que trabajaban en la sombra, pasan a actuar a lá plena luz del día y en un primer plano. Se nota también por primera vez la acción de la iglesia argentina en este proceso de descomposición; el clero se hace abiertamente oficialista y predica el

fascismo y el antisemitismo desde los púlpitos. En el orden internacional, mantenemos y afianzamos nuestra política de "neutralidad benévola" hacia las potencias del Eje, y contraria a los Estados Unidos e Inglaterra. Desde el presidente de la República hasta el último tenientito, se cree firmemente en el triunfo de Alemania, y se sostiene que la mejor política posible para la Argentina es constituirse en una agencia sudamericana del Eje, con todas las perspectivas halagadoras de una post-guerra manejada por los nazis. La Argentina ayuda activamente a los países del Eje, aún a riesgo de crearse conflictos bélicos con países de América, especialmente con el Brasil.

¿Y cuál fué la conducta, en estos últimos quince años de la clase terrateniente y ganadera, repuesta al frente del país por la revolución de Urriburu?

Esta clase tuvo, en septiembre de 1930, la convicción de ser reintegrada al goce legítimo de algo que había sido injustamente despojada. Este "algo" era nada menos que el país, concebido como una inmensa estancia. Bajo la advocación de Juan Manuel de Rosas, el proto-estanciero, obró de manera de que este despojo no ocurriera nunca más. A este fin había que combatir implacablemente toda ideología que pusiera en peligro sus derechos. Se hizo una política estrictamente regresiva desde el punto de vista económico y social; y como un país enteramente pastoril y agrícola ya no era concebible, hubo de aliarse con los magnates de la industria —ya poderosos— y con el capitalismo extranjero, del cual dependía, a través de los ferrocarriles, elevadores de granos, puertos y frigoríficos.

Varias fueron las características de esa política regresiva. Una de ellas fué la creciente centralización del poder. Las clases conservadoras clamaron por "gobiernos fuertes", que pusieran freno a la inquietante difusión de las ideologías peligrosas. Ahora tienen ese "gobierno fuerte", pero no están contentas porque quienes lo ejercen no han salido de sus filias.

Otra característica fué la desembozada intervención de la iglesia en el proceso de fascistizar al país. Como sucedió en todas partes, la burguesía, por miedo al comunismo, se entregó a fortalecer y engrosar las organizaciones nacionalistas, que fueron directamente sostenidas e impulsadas por la iglesia. Se observó en las clases pudientes una verdadera ola de catolicismo agresivo. La escuela primaria laica fué el principal objeto de sus ataques, y la primera medida tomada por el actual gobierno fué destruirla so pretexto de "ateísmo" e implantar en ella la religión católica obligatoria. Por otra parte, la Iglesia nunca disi-

muló su repudio por las instituciones democráticas y liberales; y como tiene en sus manos la educación de todos los hijos de la burguesía rica, le ha sido fácil difundir este repudio y hacerlo un artículo de fe entre la clase gobernante. Hoy la iglesia "ha hecho suyo" el movimiento del 4 de junio y se ha dedicado a explotar ampliamente sus posibilidades. Todos los cargos directivos civiles se entregan a católicos militantes, y en lo que respecta a la instrucción pública, en cualesquiera de sus categorías, existe la consigna de que debe ser catolizada *a outrance*. La Argentina es ahora Jauja para los frailes.

En estas condiciones, le fué extremadamente fácil a un grupo de oficiales, agrupados en una asociación fascista denominada "Gou", apoderarse del gobierno. Todo estaba maduro para que cayera en sus manos, como fruta podrida. Durante un momento se creyó que ese grupo iba a restaurar la normalidad en el país, pero esa ilusión duró unas horas apenas. Cuando se pudo ver la realidad de las cosas, se tuvo la certeza de que el país había caído en poder de una pandilla de audaces, que eran los dueños de las armas.

A las pocas horas también, y debido a una información apresurada —queremos ponernos en la mejor de las hipótesis— los Estados Unidos reconocían a este gobierno, y a la zaga suya lo hacían las naciones restantes de América. El país creado por los constituyentes de 1852 había dejado de existir.

La instrucción, la cultura y la mentalidad de los hombres del gobierno eran tan inferiores, que superaban todos los "records" conocidos en los ejemplos civiles. Se pudo ver, entonces, hasta qué extremo el oficial argentino, a quien no conocíamos sino por referencias —muy malas, pero todas inferiores a la verdad— estaba trabajado y moldeado por las fuerzas regresivas.

Ahora bien, ocurrió este fenómeno curioso. Estos hombres, de una inteligencia primitiva, casi infrahumana, dieron muestras, una vez en el gobierno, de tener muy bien planeada su acción. Mientras su ignorancia e incultura daban motivo a innumerables chascarrillos y anécdotas, que circulaban regocijadamente de boca en boca, sus actos fueron atacando e inmovilizando los puntos vitales, destruyendo carteramente todas las posibilidades de resistencia y procediendo a la fascistización metódica del país. Era evidente que detrás de ellos actuaba una fuerza muy bien dirigida y perfectamente consciente de sus actos. Creer que esta acción partía de ellos mismos era hacerles demasiado favor; creer que partía del clero era más verosímil, pero también

difícil de creer. Quizás el "*Deus ex machina*" de esta acción sean los jesuitas.

Entrar en el detalle de este proceso sería abrumar al lector extranjero con pormenores que no le interesan. Lo importante es que existe la evidencia de un plan previo al movimiento, plan que pudo desarrollarse y estudiarse cuidadosamente en los quince años anteriores. Las consecuencias de este hecho son sumamente graves, porque los actos del movimiento del 4 de junio no son ya los habituales en este género de cuartelazos, que se limitan una serie de medidas de fuerza y de venganzas personales.

Esto es mucho más serio, y su trascendencia es constantemente destacada por los propios hombres del gobierno. Todos los días se infieren al régimen republicano y democrático que habíamos tenido hasta ahora, y que subsistía a pesar de los atropellos que hemos consignado, heridas de tal gravedad que hacen poco menos que imposible su restauración. Vamos empezando a comprender que, aún desaparecido el actual gobierno, no va a ser fácil volver al régimen "constitucional".

Los procedimientos que emplea esta gente son los mismos de todo gobierno de este tipo. En ello no tienen la menor originalidad. En sus relaciones con los obreros, por ejemplo, han comenzado por cerrar todas las organizaciones de trabajadores y encarcelar a sus dirigentes; y luego se han dedicado, con desenfrenada demagogía, a atraerse a las masas obreras con miras a una futura elección presidencial; pero la masa obrera sabe muy bien a qué atenerse y no se deja engañar con estas maniobras. No hay duda, sin embargo, que muchas de las medidas que han tomado son acertadas, y por el momento los obreros encuentran en las esferas oficiales gente dispuesta a escuchar sus demandas de mejoras de salarios y condiciones de trabajo. Todo esto se realiza en forma espectacular y a tambor batiente; y casi no pasa una semana sin que grupos de trabajadores sean "convocados" a la histórica plaza de Mayo para escuchar patéticas expresiones de amor obreril. Pero el número de los dirigentes obreros y de intelectuales que llenan las cárceles y los campos de concentración de la Patagonia aumenta constantemente, y la consigna es tratarlos de manera de que aguanten el menor tiempo posible.

Por su parte, los diarios están estrictamente censurados y se les impone desde arriba toda la información oficial; en cuanto a las broadcastings, viven aterradas ante la perspectiva de una futura —y bien probable— requisación. Felizmente, la propaganda oficial es muy torpe todavía, y no produce más que efectos

contraproducentes. Pero puede perfeccionarse en cualquier momento.

Ahora bien, ¿qué perspectivas hay de que cese este estado de cosas? Desgraciadamente, muy pocas o ninguna. Las posibilidades de un levantamiento interno son muy remotas.

El nivel moral del pueblo es muy bajo en estos momentos. No sabemos si ha sido corrompido desde arriba, o si se ha abandonado a la desesperación; pero la docilidad, la mansedumbre, el servilismo con que se aceptan los peores atropellos, es algo que subleva a todos los que suponíamos en nuestro pueblo mayor fibra moral. De aquél pueblo que realizó tantas gestas heroicas, y que defendió su libertad con tanto denuedo, no queda hoy ni rastros. Es este un tristísimo fenómeno, cuyas raíces habría que ir a buscar muy a lo hondo. La impresión general es que esta gente tiene por delante todo el tiempo que quiera. Hasta la esperanza de que se pelearan entre ellos se ha desvanecido, porque con el actual sistema de viáticos no hay militar que no esté encantado con la situación y no tiene motivo alguno para quejarse. Y paralelamente a la corrupción moral, la corruptela administrativa está llegando rápidamente a los niveles alcanzados por la anterior administración civil. Se prevé una bancarrota gigantesca, que llevará al país a la inflación, o a algo peor aún. Las perspectivas son muy negras, por el momento, y no hay indicio alguno de mejoría.

Salvo que la paz impuesta por los pueblos... pero esta ya es otra historia, como decía Kipling.

Natalia Sedova Trotsky

Así fué

EL MARTES 20 DE AGOSTO DE 1940, A LAS SIETE DE LA MAÑANA

—“Sabes, me siento muy bien esta mañana, como no me he sentido desde hace mucho tiempo... anoche tomé doble dosis de soporífero... he notado que me produce buen efecto.

—Sí; me acuerdo que ya lo notamos en Noruega, cuando sentías decaimiento de fuerzas aun más a menudo... pero no es el soporífero lo que te hace bien; un sueño profundo es un descanso completo.

—Es cierto”.

Al abrir por la mañana o cerrar por la noche los postigos blindados de nuestro dormitorio, construídos por nuestros amigos después del asalto a la casa, el veinticuatro de mayo, León Davidovich decía de vez en cuando:

—“Ahora no nos harán daño los Siqueiros”. Y al despertar solía decir para sí mismo y para mí: “Aquella noche no nos mataron y aun no estás contento”. Yo trataba de defenderme como podía. Una vez, después de este saludo, añadió, pensativo: “Sí, Natacha, nos han concedido un plazo”.

En 1928, cuando nos desterraron a Alma Ata, donde nos esperaba una incertidumbre completa, rumbo al destierro, charlamos una vez durante toda la noche en el departamento del vagón. No podíamos conciliar el sueño; nuestra vida en Moscú en las últimas semanas, y sobre todo en los últimos días, había sido tan agitada, nuestra fatiga era tal, que la excitación nerviosa no podía desaparecer aún. Me acuerdo que L. D. me dijo:

—“Es mejor (la deportación)... Morir en una cama del Kremlin...; no estoy de acuerdo”.

Aquella mañana estaba lejos de todos estos pensamientos... un buen estado físico le daba la esperanza de trabajar durante el día “como es debido”.

Al terminar rápidamente su fricción habitual y vestirse como de ordinario, salió con vivacidad al patio para dar de comer a sus conejos. Cuando se sentía mal, el alimentarlos le incomodaba; pero rehusaba abandonar ésto porque le inspiraban lásti-

ma sus animalillos. Hacerlo como él quería y como tenía por costumbre —es decir bien— era difícil. Aparte ésto, estaba en guardia: era necesario economizar sus fuerzas para el trabajo intelectual. El cuidado de los animales, la limpieza de sus cajas, etc., le ofrecía por una parte descanso y distracción, pero, por otra, le fatigaba físicamente y ésto se reflejaba en su capacidad global de trabajo. Todo lo que él hacía lo hacía con entusiasmo. No conocía mediocridad, lentitud e indiferencia. Por eso nada le fatigaba tanto como las conversaciones banales o semibanales. ¡Con qué ánimo recogía cactus para plantarlos en nuestro jardín! Se daba a ello por entero. Empezaba a trabajar el primero y terminaba el último; ninguno de los jóvenes que le acompañaban en sus excursiones podía igualarle. Desistían más pronto y se rezagaban uno tras otro. Pero él era infatigable. Muy a menudo, al mirarle, me maravillaba este milagro. ¿De dónde sacaba esa energía y esa fuerza física? Ni el sol, extremadamente ardiente, ni las montañas, ni las bajadas cargando cactus pesados como el hierro, tenían efecto sobre él; a él le hipnotizaba el resultado del trabajo. Encontraba un descanso cambiando el carácter de este último. En el trabajo hallaba compensación de los golpes que le perseguían cruelmente. Cuanto más fuerte era el golpe recibido, más apasionadamente se sumergía en el trabajo.

Por causas de fuerza mayor, las excursiones en busca de cactus eran más y más raras. De vez en cuando, fatigado y hastiado de la monotonía de su vida, L. D. decía:

—“¿No crees que podríamos salir todo un día esta semana?”

—Es decir, para “trabajos forzados” —bromeaba yo—; ¿por qué no?

—Sería mejor lo más temprano posible, ¿tal vez salir a las seis de la mañana?

—¿Por qué no?; ¿pero no te cansarías demasiado?

—No; eso me reanima, y además prometo guardar medida...”

L. D. acostumbraba alimentar sus conejos y gallinas, a los que gustaba observar, generalmente entre las siete y quince minutos o siete y veinte, y las nueve de la mañana. De vez en cuando dejaba esta tarea para imprimir en el dictáfono una u otra disposición, una u otra idea que se le había ocurrido.

Aquel día estuvo trabajando en el patio sin interrupción. Habiendo desayunado, me afirmó una vez más que hoy se sentía perfectamente bien y que quería empezar a dictar un ar-

tículo sobre la movilización militar en los Estados Unidos. Y, en efecto, empezó a dictar.

A la una de la tarde, nos visitó Rigalt, nuestro abogado en el asunto del asalto del veinticuatro de mayo. Después de esta visita, León Davidovich vino a verme para comunicarme que sentía mucho tener que posponer el artículo comenzado y volver al trabajo relacionado con el proceso del asalto. Resolvió con el abogado que era necesario contestar a “El Popular” en vista de que, en un banquete habían acusado a L. D. de difamación.

—“Yo —dijo él, en tono de desafío— tomaré la ofensiva y les acusaré de calumnia.

—Que lástima que no puedas escribir sobre la movilización.

—¿Qué hacer? Tendré que dejarlo para dentro de dos o tres días. Dije ya que me pusieran sobre el escritorio todos los materiales que hay. Después de comer les echaré un vistazo. Estoy muy bien” —repetió otra vez.

Después de la breve siesta, le ví sentado tras el escritorio, cubierto de materiales sobre “El Popular”. Su estado físico seguía muy bien y me sentí más contenta. En los últimos tiempos, L. D. se quejaba de una debilidad general que le dominaba de vez en cuando. Sabía que era algo pasajero, pero entonces pensaba sobre ello más de lo acostumbrado. Aquel día nos pareció como el principio de una temporada mejor en su estado físico. Su aspecto también era mejor. Para no molestarle, de vez en cuando yo entreabría la puerta de su habitación y le observaba en su posición acostumbrada, inclinado sobre su escritorio, con la pluma en la mano. “Un episodio más y estos anales habrán terminado” —me acordé. Así hablaba el antiguo cronista Pimen en el drama Boris Godunof, de Pushkin, registrando los crímenes del Zar Boris. La manera de vivir de L. D. se aproximaba a la de un prisionero o un anacoreta, con la diferencia de que, en su soledad, no sólo registraba él los acontecimientos, sino que también luchaba irreconciliablemente contra sus enemigos ideológicos.

Durante este breve día, hasta las cinco de la tarde, León Davidovich dió al dictáfono varios trozos del contenido de su futuro artículo sobre la movilización militar de los Estados Unidos, y aproximadamente cincuenta pequeñas páginas desmintiendo a “El Popular”, es decir, las perfidias de Stalin. Todo ese día gozó de su completo equilibrio mental y físico.

A las cinco, como de costumbre, tomamos el té. A las cinco veinte, o quizás a las cinco treinta, salí al balcón, y ví que L. D. estaba en el patio cerca de una jaula abierta de conejos.

Los estaba alimentando. Allí mismo estaba también un individuo al que no reconocí inmediatamente, hasta que se quitó el sombrero y vino hacia el balcón. Era Jacson. "Ha venido otra vez —pensé yo—; ¿por qué ha empezado a venir tan frecuentemente?" —me pregunté a mí misma.

—"Tengo una sed espantosa, quisiera tomar un vaso de agua— dijo él saludándome.

—Quizás quiere usted tomar una taza de té.

—No, no; he comido tarde y siento la comida aquí (y señaló la garganta); me está estrangulando".

El color de su cara era verde-gris y toda su apariencia muy nerviosa.

—¿Por qué lleva usted sombrero e impermeable? (el impermeable lo llevaba en el brazo izquierdo, pegado al cuerpo). Hay mucho sol.

—"Pero usted sabe que es pasajero; puede llover".

Yo quise contestarle: "Hoy no lloverá". El se jactaba de no llevar sombrero ni abrigo, ni aún en el peor tiempo. Pero me sentí molesta y no le dije nada.

—"¿Y como está Silvia?"

No me entendió. Yo lo había confundido con mi pregunta sobre el impermeable y el sombrero. Estaba completamente ocupado con sus propios pensamientos. Sumamente nervioso, como si despertara de un sueño profundo, contestó:

—"Silvia... Silvia... —y recuperándose añadió negligentemente—: está bien".

Luego se dirigió a León Davidovich, hacia las jaulas. Andando le dije:

—"¿Y su artículo, ¿está listo?"

—Sí; está terminado.

—¿Pasado a máquina?"

Con la misma mano en que llevaba el impermeable —en el que, como se supo después, estaban cosidos la piqueta y el puñal —hizo un movimiento embarazoso, y manteniéndola pegada al cuerpo, me enseñó algunas hojas escritas a máquina.

—"Está bien que no sea manuscrito; a L. D. no le gustan manuscritos desordenados".

Hacia dos días que se había presentado también con impermeable y sombrero. Yo no le ví, pues desgraciadamente no estuve en casa. Pero L. D. me dijo que había venido J. y que le había asombrado un poco con su conducta. L. D. lo mencionaba como si no quisiera detenerse en ello. Pero al mismo tiempo,

notando ciertas circunstancias nuevas, no pudo dejar de comunicarme su impresión.

—"Trajo el proyecto de su artículo, más bien un borrador... algo muy confuso. Le dí algunos consejos. Vamos a ver. Ayer no parecía francés —añadió. Se sentó de repente sobre mi escritorio y estuvo todo el tiempo sin quitarse el sombrero.

—Sí; es extraño —me asomé yo—; él nunca usa sombrero.

—Pero esta vez lo llevaba" —contestó León Davidovich, sin detenerse; hablaba andando.

Yo me puse en guardia. Me pareció que esta vez L. D. había visto en J. algo más sobre lo que no se apresuraba a hacer una conclusión. Esta breve conversación tuvo lugar la víspera del crimen.

Con el sombrero sobre la cabeza... con el impermeable al brazo... se sentó sobre el escritorio; ¿no era ésto un ensayo? Lo había hecho para encontrarse después más seguro y exacto en su estrategia.

¿Quién podía entonces adivinar esto? ¿Quién hubiera creído que el veinte de agosto, un día como cualquier otro, sería fatal? Nada anunciaba su fatalidad. El sol brillaba claramente desde la mañana, como siempre aquí. Las flores se abrían, la yerba resplandecía como un barniz. Todos nosotros, cada cual a su manera, nos preocupábamos de hacer el trabajo más ligero a L. D. Varias veces durante ese día, subió los escalones de ese mismo balcón, entró en la misma habitación y se sentó sobre esa misma silla, en su escritorio... ¡eso era tan común!; pero ahora, por lo mismo, ¡tan terrible y trágico! Ninguno de nosotros, ni él mismo, preveía la próxima catástrofe... y en esta ausencia de adivinación se ocultaba un abismo...

Al contrario, todo ese día era uno de los más armoniosos. Cuando L. D. salió al jardín, a las doce, y yo le ví, bajo el sol ardiente, con la cabeza descubierta, me apresuré a llevarle su gorra blanca para defender su cabeza de la rudeza del sol impío; defenderle del sol... pero ya estaba él bajo la amenaza de una muerte terrible... No sentíamos entonces el destino, el impulso de la desesperación no mordía aún nuestro corazón.

Me acuerdo que cuando nuestros amigos estaban construyendo el sistema de señales en la casa, el jardín y el patio, y se establecían los lugares de guardia, dirigí una vez la atención de L. D. sobre la necesidad de poner una guardia cerca de su ventana; en aquel momento me pareció indispensable, pero él dijo que en éste caso sería preciso extender el sistema de defensa, aumentar

el número de guardias hasta llegar a diez, lo que no estaba en proporción con los medios y con el material humano de que dispone nuestra organización. Guardia cerca de la ventana, no podía salvarle en un momento dado; sin embargo, me preocupó mucho la ausencia de la misma en ese sitio. L. D. estaba muy impresionado con el obsequio que le enviaron nuestros amigos, de un chaleco blindado, especie de cota de malla. Viéndolo, dije que sería conveniente tener algo también para la cabeza. L. D. insistía en que cada compañero que ocupase el puesto responsable en un momento dado, llevase ese chaleco blindado. Después del fracaso que sufrieron nuestros enemigos en el ataque del 24 de mayo, sabíamos muy bien que Stalin no se detendría allí y nos preparábamos. También sabíamos que la G. P. U. emplearía otro método de asalto. No excluíamos un ataque por una persona sobornada por la G. P. U. Pero ni la cota de malla ni el casco hubieran podido protegerlo. Era imposible emplear diariamente estos medios de protección, era imposible convertir su propia vida en autodefensa; habría perdido en este caso todo su valor.

Cuando me acerqué con J. a L. D., éste me dijo en ruso:

—“Sabes, él espera que Silvia venga; se va mañana”.

Quiso indicarme así que sería conveniente invitarlos, si nó a cenar, a tomar el té.

—“No sabía que usted se va mañana y que espera aquí a Silvia.

—Sí, sí; se me olvidó decírselo.

—Que lástima no haberlo sabido; hubiera podido enviar algo a Nueva York.

—Yo puedo venir mañana por la mañana.

—¡Oh!, no; muchas gracias, sería una molestia para usted y para mí”.

Y volviéndome hacia L. D., le expliqué en ruso que había ofrecido té a J., pero éste lo rehusó quejándose de malestar, de sed espantosa, y que pidió un vaso de agua. L. D. lo miró de una manera indagatoria y dijo con ligero reproche:

—“Está usted malo otra vez y tiene muy mal aspecto. Eso no está bien...”

Hubo un silencio. L. D. no quería dejar los conejos, no estaba dispuesto a oír el artículo. Pero dominándose dijo:

—“Entonces, ¿quiere usted leerme su artículo?”

Cerró las puertas de las jaulas sin apresurarse y se quitó los guantes de trabajo; cuidaba sus dedos que se herían muy fácilmente, lo que le irritaba mucho y le impedía escribir. El mantenía su pluma, como sus dedos, siempre en orden. Sacudió su

blusa azul y se dirigió lenta y silenciosamente, conmigo y con J., hacia la casa. Los acompañé hasta la puerta del estudio de L. D., la puerta se cerró, y yo entré en la habitación contigua.

Apenas transcurrieron tres o cuatro minutos, oí un grito terrible y estremecedor, no dándome cuenta de quién era. Salí corriendo... Entre el comedor y el balcón, sobre el quicio de la puerta, apoyado en el bastidor, estaba en pie León Davidovich, con la cara ensangrentada, destacándose claramente el azul de los ojos sin las gafas, y los brazos caídos.

—“¿Qué pasa, qué pasa?” —le abracé; pero él no me contestó inmediatamente. Tuve tiempo de pensar si habría caído algo del techo, que estaba en reparación. ¿Pero, por qué aparece de repente así? El me dijo lentamente, sin alteración, amargura o despecho:

—“Jacson”.

León Davidovich lo dijo como si hubiera querido decir: “Se cumplió”. Adelantamos algunos pasos, y con mi ayuda, L. D. se reposó sobre la estera.

—“Natacha, te amo”. Lo dijo tan inesperadamente, tan significativamente, casi severo, que yo, sin fuerzas por un interno temblor, me incliné hacia él.

—“¡Oh!, ¡oh!, a nadie hay que dejar entrar en la casa sin ser registrado”. Y cautelosamente, poniendo un almohadón bajo su cabeza rota, coloqué hielo en la herida y, con un algodón, restañé la sangre de su rostro.

—“Hay que alejar a Seva de todo esto” —dijo con dificultad, indistintamente; pero me pareció que él no se daba cuenta de esta dificultad.

—“Sabes, allí —y señaló con los ojos la puerta del estudio— sentí... comprendí lo que él quería hacer... me quiso todavía una vez... pero yo le impedi” —dijo en voz baja, calmada, entrecortada.

“Pero yo le impedi”, estas palabras revelaban una cierta satisfacción. En el mismo momento, León Davidovich empezó a hablar con Joe en inglés. Este se hallaba arrodillado, como yo, al lado opuesto. Yo me esforzaba en comprender sus palabras, pero no lo logré. En este momento vi, pálido, a Charlie entrando en el cuarto de León Davidovich con un revólver en la mano.

—“¿Qué hacer con éste? —pregunté a L. D.—; lo van a matar ellos.

—No; no debe matársele, es preciso obligarle a hablar” —me contestó León Davidovich pronunciando siempre las palabras despacio y con dificultad.

De repente oímos un alarido lastimoso. Miré a L. D. interrogativamente. Con un movimiento de ojos, apenas perceptible, indicó la puerta de su cuarto y dijo con despego: "Es él... ¿El médico no ha llegado?"

—Va a venir enseguida; Charlie ha ido a buscarle con el coche".

Llegó el médico, vió la herida y dijo conmovido que no era peligrosa. León Davidovich lo aceptó tranquilamente y con naturalidad, casi con indiferencia, como si no se pudiera esperar de un médico otra opinión en esas circunstancias. Pero, dirigiéndose a Joe en inglés y señalando su corazón, dijo:

—"Siento aquí... que éste es el fin; esta vez lo han logrado".

A mí me quiso ahorrar esto.

La ambulancia, en el bullicio de la ciudad, en su frialdad, las apreturas de la gente, la hiriente iluminación nocturna, iba maniobrando y adelantando con el ininterrumpido sonido de las sirenas y el silbato de los policías en motocicleta. Y nosotros llevábamos nuestro herido con un dolor profundo, insportablemente agudo en el corazón, y con alarma siempre creciente. Conservaba su lucidez. Su mano izquierda se extendía a lo largo del cuerpo, paralizada; ya lo había dicho el doctor Dutrem cuando lo examinó en el comedor de la casa. La derecha, sin encontrar lugar para ella, la movía constantemente, en círculos, encontrándose con la mía, como si estuviera buscando una posición. Hablaba con más dificultad. Yo le pregunté, inclinándome muy cerca, cómo se sentía.

—"Ahora mejor" —me contestó León Davidovich.

"Ahora mejor", me inspiró una aguda esperanza. El ensordecedor ruido, los silbatos de las motocicletas, el ulular de la ambulancia, continuaba, pero mi corazón latió con la esperanza, "ahora mejor".

Atravesamos la puerta. El coche se paró. Nos rodeaba la gente. "Entre ellos pueden estar los enemigos" —pensé yo—; como siempre en estos casos. ¿Dónde están los amigos? Es preciso que ellos rodeen la camilla".

Hele ahí en la cama. Silenciosamente los médicos examinaron la herida. Siguiendo las instrucciones, la enfermera procedió a cortar el pelo. Yo estaba en pie, a la cabecera. Sonriendo ligeramente me dijo:

—"También ha venido el peluquero..." Tratava de alejarme los pesares.

El mismo día habíamos hablado de la necesidad de lla-

mar al peluquero para que le cortara el cabello, pero no se hizo. Ahora se acordaba de esto.

León Davidovich invitó a Joe, que estaba también allí, cerca de mí, a apuntar en una libreta su despedida de la vida, como así fué después. A mi pregunta sobre lo que había dicho, Joe me contestó:

—"Me pidió apuntar algo sobre estadística francesa" — y me sorprendí de por qué entonces hablaba de estadística francesa. ¡Qué extraño!; pero, tal vez, se sentía mejor.

Yo continué de pie a la cabecera, sosteniendo el hielo sobre la herida y escuchando. Empezaron a desnudarle, y, para no molestarle, cortaron con unas tijeras su blusa de trabajo. La enfermera y el doctor intercambiaron una mirada de simpatía por la blusa obrera y después le cortaron el chaleco, y después la camisa. Le quitaron el reloj de la muñeca, la ropa restante, sin cortarla. En este momento me dijo:

—"No quiero que me desnuden ellos, quiero que tú lo hagas". Lo dijo muy distintamente, pero muy afligido. Estas fueron sus últimas palabras dirigidas a mí.

Al terminar me incliné y apoyé mis labios sobre los suyos. Me contestaba. Aun. Y aun me contestaba. Y aun. Esa fué nuestra despedida. Pero no lo sabíamos. El herido perdió el conocimiento. La operación no le volvió en sí. Sin apartar mis ojos, seguí velándolo toda la noche y esperando el despertar. Los ojos estaban cerrados, pero la respiración, a veces difícil, a veces tranquila, inspiraba esperanza. Así pasó también el día siguiente. Hacia el mediodía, según la previsión de los médicos, se produjo una mejoría, pero al caer del día, hubo un cambio repentino en la respiración del paciente: se aceleraba más y más, dándome una inquietud mortal. Los médicos y el personal del hospital, rodearon la cama del herido, visiblemente conmovidos. Yo pregunté, perdiendo el dominio sobre mí, qué era lo que eso significaba, pero sólo uno de ellos, cauteloso, me contestó que pasaría; los otros callaron. Yo comprendí lo falso de la consolación y todo lo desesperado de la situación. Lo incorporaron. La cabeza se inclinó sobre el hombro, los brazos caídos, como en "El descenso de la Cruz", del Tiziano, el vendaje en lugar de la corona de espinas.

Los rasgos de su cara mantenían su pureza y su orgullo. Parecía que él solo hubiera podido recuperarse. Pero la profundidad de la herida del cerebro era excesiva. El despertar tan apasionadamente esperado no se produjo. No se oyeron más sus palabras. Ya no estaba en el mundo.

B A B E L

Llegará la venganza contra los asesinos. Durante toda su bella vida heroica, León Davidovich creyó en la liberación del futuro humano; su fe no se debilitó en los últimos años, sino al contrario, se fortaleció y vigorizó. La humanidad futura, liberada de la miseria, suprimirá toda clase de violencia. El me enseñó a creer en ésto.

NOVELAS Y CUENTOS DE CHILE

SUB-TERRA, por Baldomero Lillo.	\$ 20
SUB-SOLE, por Baldomero Lillo.	20
RELATOS POPULARES, por Baldomero Lillo.	20
ZURZULITA, por Mariano Latorre.	20
ULLY, por Mariano Latorre.	10
CUNA DE CONDORES, por Mariano Latorre.	15
MERCEDES URIZAR, por Luis Durand.	15
MI AMIGO PIDEN, por Luis Durand.	10
TRAVESIA, por Manuel Rojas.	15
COMPAÑEROS DE VIAJE, por Enrique Espinoza.	15
EL CHILENO EN MADRID, por J. Edwards Bello.	15
LA ULTIMA NIEBLA, por María Luisa Bombal.	15
LA AMORTAJADA, por María Luisa Bombal.	15

PEDIDOS A LA

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125

Santiago de Chile

Los pedidos de provincia acompañados de su importe en giro postal o letra bancaria, no pagan gastos de remisión

EDICIONES "CULTURA"

COLECCION

NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

VOL. I

VOL. II

MUERTE EN EL VALLE

LOS HOMBRES OSCUROS

por Bernardo Kordon

por Nicomedes Guzmán

Uno de los más significativos valores de la nueva novela argentina en una fiel y recia interpretación de Santiago.

Uno de los poquísimos escritores de Chile que se han enfrentado a la angustia nacional a través del heroico padecimiento del pueblo.

Edición de lujo \$ 25

3.ª Edición de lujo \$ 25

LA EDITORIAL "CULTURA"

atiende pedidos directos:

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Santiago

Editorial Sudamericana

HISTORIA UNIVERSAL, <i>Veit Valentin</i> .	\$ 600.—
VIAJE ENTRE GUERREROS, <i>Eve Curie</i> .	120.—
HISTORIA DE LA FILOSOFÍA, <i>Emile Bréhier</i> .	400.—
LAS ATLÁNTIDAS, <i>José Ortega y Gasset</i> .	60.—
RECONSTRUCCIÓN, <i>Guglielmo Ferrero</i> .	80.—
EL SUBCONSUMO DE ALIMENTOS EN AMÉRICA DEL SUR, <i>Emilio Llorens</i> .	50.—
LA PLANIFICACIÓN ECONÓMICA Y EL ORDEN INTERNACIONAL, <i>Lionel Robbins</i> .	70.—
DOCTRINA Y PRÁCTICA DE LA PROFILANIS DE LA TUBERCULOSIS, <i>Luis Sayé</i> .	160.—
PRESENTE Y FUTURO DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN AMÉRICA, <i>Avelino Herrera Mayor</i> .	100.—
DE VALIDACIÓN HISPÁNICA, <i>Enrique Larrea, Amado Alonso y otros</i> .	200.—

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836

Casilla 13171

Santiago

VENTAS POR MAYOR Y MENOR
ENVIOS A REEMBOLSO LIBRE DE GASTOS

LIBRERIA de OCCIDENTE

Av. B. O'Higgins, 1313, Teléfono 69649

Santiago

DOS OBRAS EXTRAORDINARIAS

CONTRAESPIONAJE, por *Somerset Maugham*. \$ 35

COMO EL HIJO DE UN PUÑAL, por *Somerset Maugham* (En prensa)

TIPOGRAFIA «SENDA»

"Historia Universal de la Literatura"

La Historia, el Arte y la Literatura del Mundo

Tres obras en una

TODOS los genios de la literatura universal parecen volver de nuevo a la vida en las exquisitas páginas de esta HISTORIA maravillosa. Nunca ha existido una oportunidad mejor para conocer, en cuerpo y alma, a los que conclbieron las creaciones artísticas y literarias más sublimes. Los TRECE volúmenes de la HISTORIA DE LA LITERATURA—hermosos volúmenes de majestuosa presentación y riquísimo contenido—recogen las más excelsas expresiones del ser humano. En ellas encontrará el lector la gracia divina de los poetas y la severa profundidad de los filósofos. Sus páginas nos presentan la exquisita prosa de los más grandes literatos y la inspiración genial de los que inmortalizaron su nombre a través de la piedra, la pintura y el mármol. . .

Nada de lo que tenga un valor perdurable queda al margen de sus TRECE volúmenes. La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI abarca todas las culturas y da a cada una de ellas la trascendencia que en la Historia Literaria le corresponde. El más ilustre filólogo del mundo se ha unido en esta ocasión a JOSE PIJOAN, uno de los críticos e historiadores españoles más eminentes, para ofrecer al público de lengua castellana una obra monumental, única en su género. Por último, también han intervenido los más esclarecidos escritores de América Latina para desarrollar los capítulos correspondientes a nuestro Continente.

13 grandes volúmenes — Más de 7,000 páginas
3,200 ilustraciones

Editores y Distribuidores Exclusivos
EDITORIAL GONZALEZ PORTO Ltda.

Merced 709 — Teléfono 30397 — Casilla 165 - D
Santiago de Chile

CONSULTENOS SOBRE AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO, Y LE
REMITIREMOS FOLLETO ILUSTRADO DESCRIPTIVO

EDICIONES LOSADA



LIBRO BIEN ESCRITO



TRADUCIDO CON CUIDADO



E IMPECABLEMENTE PRESENTADO



*Busque en el
lomo la L laureada*



Recién Aparecido

LA MUSICA MODERNA

de

ADOLFO SALAZAR

\$ 200.—

EDITORIAL LOSADA

Casilla 3769 — Santiago